

El Ruedo



2
Ptas.

Boceto para la
época de Re-
verte
(Cuadro de Vázquez
Díaz)



ENRIQUE
SEGURA

La sorpresa



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 9 de mayo de 1946 - N.º 98



¡EN hombros! Salida en hombros. He aquí la aspiración máxima en las ilusiones de un torero. Más que cortar una oreja, que lucir orgulloso la fea piltrafa del rabo. Porque la salida de la Plaza, a hombros, de los entusiastas es el resumen de toda una actuación afortunada.

En este caso, la ilusión se ha colmado. Luis Mata, el torero aragonés, sale de la Plaza en hombros; pero, además, esa Plaza es la de Zaragoza —profeta en su tierra— y en la tarde de su alternativa. En el rostro del torero triunfante brilla una alegría emocionada. Es la realidad de ese sueño indefinido y acuciante del luchador, que le acarició y le alentó en la hora de la adversidad y la desgracia, pero en las que nunca se abatió el tesón de llegar y de ser.

Ahora Luis Mata va por las calles de la capital, entre los aplausos de la multitud; y va hacia el templo en que se venera a la Virgen menuda y milagrosa, «que vino en carne mortal a Zaragoza». Porque es la máxima reverencia para un aragonés: ir a depositar ante el manto de la imagen sus penas, sus afanes y sus glorias.

Es seguro que a Luis Mata, que triunfó en tierras de América, nada le haya satisfecho como esa emoción de sentirse elevado en volandas, primero, y luego postrarse humilde ante los pies de la Patrona de Aragón y de España.

FUIMOS a la corrida del domingo con el eco de la conferencia de Ortega y Gasset en los oídos. Había dicho Ortega —gran aficionado— que el espectáculo taurino era el hermano tuerco del teatro, así como el espectáculo circense era el hermano bizco. Y había prometido explicarlo. Pero sucedió que el toro del tiempo se le echó encima y no pudo desarrollar esa faena. Mencionó, eso sí, una suerte de raíz portuguesa: la porta-gayola, y dijo que lo esencial en el toreo era el garbo.

Y con la preocupación de ver si los diestros respondían a esa exigencia orteguiana, a la de la garbosidad —no a la del garbeo—, estábamos en nuestro tendido contemplando las mellas grises de las localidades vacías, donde ofrecían un triste aspecto los números pintados sobre el granito, como esas casillas de la rifa en la barraca verbenera, oscurecidas siempre por la falta de premio. ¿Ustedes han pensado alguna vez en este enorme parecido que el local y la fiesta de toros guardan con el jue-

A VISTA DE TENDIDO

POR

ALFREDO MARQUERIE

go de la ruleta? Primero, el ruedo donde todo gira, los espectadores para buscar su asiento, los peones sobre el ruedo, los piqueros a la busca de su sitio y en clave, los «fenómenos» para recoger la ovación y las mulillas en el arrastre cuando el público lo exige. El toro es el elemento decisivo del «álea», la bolita que hace ganar y perder. Y, por encima de todo, la suerte, como una nube o una bandera.

Pero los diestros, ¿respondían o no respondían a la orteguiana exigencia del garbo?... La verdad es que a media tarde cayeron cuatro gotas, y que la gente empezó a levantar la cabeza y a mirar con cierta aprensión el cielo del domingo. Pero la corrida se celebró al fin y los toreros no tuvieron ni la disculpa del viento. Yacía lacio y caído el estandarte en su mástil, como diciendo: «Ni salgo ni entro. A mí no me echéis la culpa». Y los capotes del paseillo que lucían los espadas eran una verdadera maravilla. ¡Qué prodigio de filigrana y de bordado! ¡Qué hermosura de flores y qué armonía de color! Como para que hubieran palidecido de envidia los mantones de Manila, aquellos que antes se exhibían en palcos, balconcillos y delantera de grada, e inspiraban a don Pedro Mata los versos de su «Pandereta». Sin embargo, los vendedores del programa oficial, que con su pregón, algo así como arúspices o zahoríes del éxito, voceaban lánguidamente: «¡Con el nombre y las señas!...» Malo. No existía en el pregón ni una sola chispa de entusiasmo. Y como «Azorín», en sus tremendos y reiterativos interrogantes, nos preguntábamos una vez más: ¿responderán los toreros a la exigencia orteguiana?... Salió un toro grande y codicioso y dijo un espectador a nuestro lado: «Tiene el tipo clásico de los de su tierra, recortado y así... ¡Mira, mira! Ya está echando fuera medio burladero, se come las tablas». Y en seguida la protesta: «¡Pero esos peones!..., que lo único que quieren es que los bichos se descuernen contra la madera...» ¡Ay, el garbo de la gitanería no aparecía por ninguna parte! Medias verónicas frustradas, o lo que es lo mismo: cuartos de verónicas, y gracias. Y el otro diestro de la escuela andaluza, bonito con el capote, eso sí, envuelto en gráciles arabescos de tela, como si echara con el trapo en el aire el garabato de su propia rúbrica, tampoco dió lección de garbo. De coraje, de pundonor, al sentirse desarmado, al tener un desplante de valor, al aguantar; pero sanseacabó. Del tercero, no hablemos. Su indudable valentía no la pone nadie en duda. Pero eso del garbo y de la garbosidad está tan lejos de él como el fin del mundo por el enfriamiento del sol. Y a propósito del sol, ¿por qué se dará ese hecho curioso del contraste con la sombra? O lo que es lo mismo, ¿por qué andarán las palmas y los pitos tan dispares? Cuando allí silban, aquí suelen batir palmas, y al revés.

Gran misterio, dentro del rito solemne de la fiesta, donde encarnan los tres poderes de Mostesquieu: la legislación del presidente, asistido por su consejo consultivo; la ejecución de los alguacillos, admonitores y transmisores de los telefónicos deseos del alto palco, casi olímpico, y luego, el juicio, o mejor, el enjuiciamiento del público.

Buena prueba de cuanto decimos es que si la corrida transcurre sin ovaciones, y de pronto un peón pone un buen par, exponiendo, aguantando, apurando la suerte, los espectadores «se vuelcan».

A nosotros nos hubiera gustado saber qué es lo que Gallito hablaba con unos espectadores de una barrera del 9, después de su «frustración» en el primer toro. ¿Se disculpaba acaso?... ¿Qué les decía mientras volaban los silbidos como pájaros de aguzadas alas, y en eso, sol y sombra estaban conformes, en el aire —plata y ceniza— de la tarde dominiguera?



Joaquinito clavando un magnífico par al quinto toro, siendo ovacionadísimo



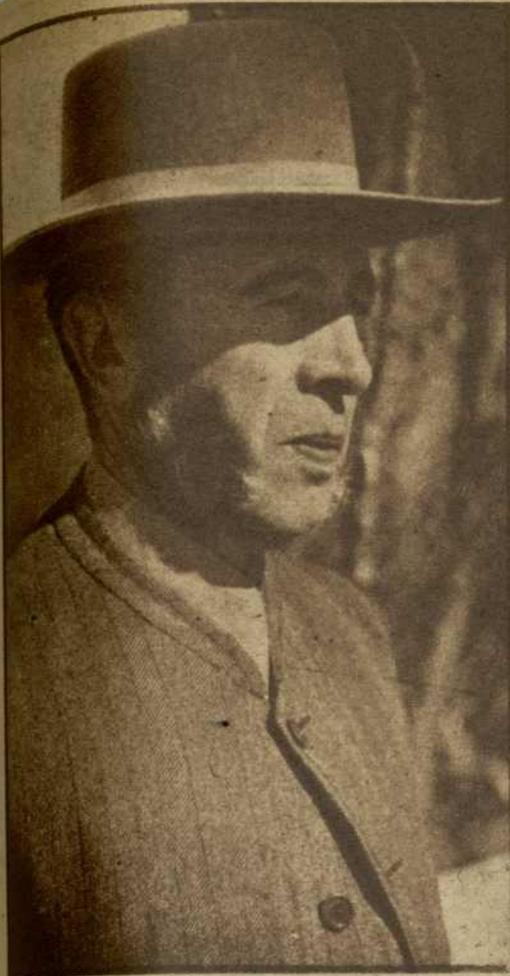
Una nota pinturera de Pepin, con la capa, en el segundo toro que lidió



Pepin Martín Vázquez en un momento de la faena de muleta al quinto toro



Un adorno de Pepin Martín Vázquez en el quinto toro de la tarde (Apuntes de Antonio Casero)



Alipio Pérez Tabernero

Por ESPAÑA y AMERICA

Una buena corrida de Alipio Pérez Tabernero — Conchita Cintrón, Fermín Rivera y Parrita cortaron orejas en Alicante. — Gran triunfo de Luis Mata en la corrida de su alternativa en Zaragoza. — Todos los matadores cortaron orejas en Figueras. — Se presentaron Manolete y Arruza en Maracay



Curro Caro

dispuestos a elevar el bajo tono que ahora tiene la fiesta más nacional. Si las lluvias no cesan, los precios no bajan y los toreros permanecen quedos, será menester ir pensando en otro entretenimiento que nada tenga que ver con los toros, para que podamos alegrar los ocios de las tardes domingueras.

El domingo, a causa de la lluvia, se suspendieron las corridas de toros de Barcelona, Puerto de Santa María y Puertollano, y varias novilladas, entre ellas la de Sevilla.

En Madrid, Gallito, Pepín Martín Vázquez y Rafael Llorente se las entendieron con cinco toros de Alipio Pérez T. Sanchón y uno de Hoyo de la Gitana. Gallito hizo el paseíllo. Lo

demás de Gallito —una bronca en su primero y una faena por la carita a su segundo— no tuvo importancia en un torero de las características de Rafael Ortega. Es posible que en otra tarde cualquiera nos haga olvidar su mala tarde del domingo. Si hubiera llegado tarde a la Plaza y no hubiese hecho el paseo, nos hubiéramos quedado sin ver a Gallito. Pepín Martín Vázquez toreó con coraje al quinto y cuajó unos estuendos muletazos; pero la rabia le duró poco, y el toro fué arrastrado con las dos orejas y el rabo. «¿Más corto *entavía*!», preguntó a gritos Pepín a un espectador que le pedía lo hiciera así. Más corto, no; pero torear más, en cantidad, sí. Rafael Llorente, muy valiente y derrochando voluntad. Los toros, muy bien presentados. Hubo dos, primero y quinto, los dos de Alipio, muy bravos.

Los alicantinos tuvieron más suerte que los madrileños. Se lidiaron en el ruedo de Alicante siete toros de Concha y Sierra. Conchita Cintrón cortó la oreja de su toro y dió dos vueltas al ruedo. Fermín Rivera fué ovacionado en su primero y cortó la oreja del cuarto de lidia ordinaria. Pepe Luis Vázquez fué ovacionado en sus dos toros, y Parrita, que dió la vuelta al ruedo en el tercero, cortó las dos orejas y el rabo del sexto y salió en hombros.

Ya es Luis Mata espada de alternativa. Se la concedió el domingo, en Zaragoza, Morenito de Valencia, con Domingo Dominguín de segundo espada. Los toros, de Pérez de la Concha, bien presentados, fueron mansos. El segundo y el quinto fueron fogueados, y el sexto, protestado. Mata, a pesar de las condiciones del ganado, cortó la oreja del primero y las dos y el rabo del sexto. Fué llevado en hombros hasta el templo del Pilar. Morenito de Valencia oyó aplausos en sus dos toros, y Domingo Dominguín cumplió en los dos.

En Figueras se lidiaron seis toros y un novillo de Pimentel. La rejoneadora Beatriz Santullano cortó la oreja de su novillo. Curro Caro, ovacionado en el primero, cortó las dos orejas y el rabo del cuarto. El Espartero cortó la oreja del segundo y fué aplaudido en el quinto, y Valencia III, que cortó las dos orejas del tercero, estuvo mal en el sexto.

En Maracay se celebró el día 2 la primera corrida de la temporada, con ganado de Guayabita, para Julio Mendoza, Manolete y Alejandro Montani. Julio Mendoza, vulgar. Manolete, que estuvo bien en su primero, fué cogido por su segundo, al que hizo una gran faena. La cogida no reviste gravedad. Montani, mal. El domingo, día 5, torearon, en Maracay, Jesús Solórzano, Gitanillo de Triana y Arruza. Solórzano cortó una oreja. Gitanillo fué aplaudido, y Arruza fué ova-

cionado en uno y cortó la oreja del otro que mató.

En Vélez Rubio se celebró el domingo la novillada anunciada para el domingo de Pascua, y que fué suspendida por lluvia. Se lidiaron novillos de Casado. Jandilla y Posadero cortaron orejas.

En Lisboa actuaron los rejoneadores Alberto Luis Lopes y Simao da Veiga, y los novilleros portugueses Diamantino Vizéu y Manuel dos Santos. Los dos novilleros fueron sacados en hombros.

B. B.



Valencia III



El Espartero

PREGON DE TOROS

por JUAN LEON



UN lector de EL RUEDO y de cuántas cosas taurinas se publican en los diarios me incitaba hace unos días a que hiciera algo por que los críticos y escritores taurinos marchen —o marchemos— de acuerdo en lo que es objetivo y por que cada uno esté de acuerdo consigo mismo.

—Creo —le respondí— que todos y cada uno vamos

de acuerdo en lo objetivo, en el plano que justamente, como usted dice, es necesario marchar de acuerdo. Después es permisible y legítimo exponer el propio gusto, hacer la crítica de acuerdo con las ideas que se tengan sobre el toro, el torero y el toreo; proyectarse, en suma, de dentro afuera con la apreciación personal, subjetiva, del arte de torear. El crítico podrá y deberá apartarse de banderías y apasionamientos, pero ni puede ni debe disimular su concepto del toreo, lo que sin duda le encasillará en determinada escuela o como partidario del modo de hacer de unos diestros, aunque esto no pueda justificarle de negar rotundamente a los demás, porque entonces caería ya en la impugnada bandería.

Esta argumentación no satisfizo ni poco ni mucho al referido lector, aunque se mostró conforme con ella, y expuso así, poco más o menos, sus puntos de vista.

La campaña contra la carestía de la fiesta ha logrado una rara unanimidad en el fondo, pero no en las causas que la motivan. Mientras unos afirman que se produce por el precio de los toros y los honorarios de los diestros, otros sostienen que por la excesiva ambición de los empresarios y los muchos impuestos que la gravan, cuando, en realidad, la carestía responde a la general carestía de la vida. Siempre fué el de los toros un espectáculo caro, más caro que todos los demás, y si ahora se pagan cuatro o cinco duros por una butaca para oír cantar y bailar, ¿por qué no se van a pagar siete u ocho por un tendido de sombra? ¿O es que se pretende, so pretexto de querer exaltarla y protegerla, poner al público en contra suya?

Otra campaña general la constituye el toro chico. También parece desprenderse de ella que se vela por la pureza de la fiesta, que se pretende mejorarla, sacarla de un abismo en el que está cayendo, y la verdad es que se la empuja a caer. Porque, ¿no están todos de acuerdo en que la falta de pastos y el exceso de corridas que se lidian son las causas de la falta de toros-toros? Pues esperemos pacíficamente a una vuelta a la normalidad que esta primavera nos promete para años futuros. Y, entre tanto, que no se canten con tanto exceso como se hace las orejas y los rabos que cortan los diestros a escualidos novillos.

Y, finalmente, ¿por qué se combate a los diestros cuando están parados, o tan sólo cuando tienen una mala actuación, por los honorarios que cobran? Es corriente ver en las Plazas de Toros enarbolar las localidades y gritar su precio en son de protesta; pero no lo es menos escuchar esta frase, dirigida a un diestro que acaba de realizar una gran faena: «¡Eres el más barato!»

Así, pues, amigo, vayamos a los toros, como vamos a los demás espectáculos, soportando su carestía sin relacionarla con ninguno de sus componentes. Tenga en cuenta el espectador que él, lo mismo si es médico, abogado, sastre, albañil, carpintero o cualquier otra cosa, también contribuyó a ese general encarecimiento de la vida, del que no podía ser una excepción la Fiesta Nacional.

LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID



Pepín Martín Vázquez en un muletazo con la izquierda al segundo toro que lidió, quinto de la tarde, magnífico de presentación

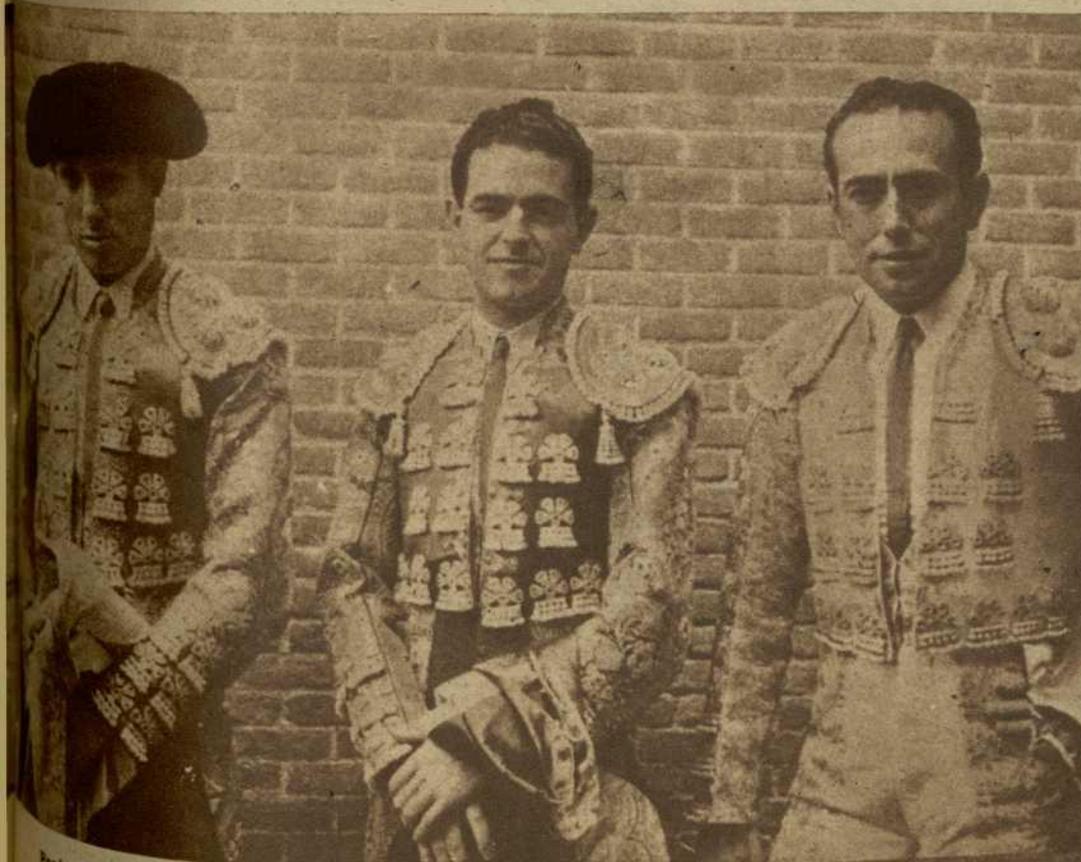


Gallito toreando de capa al primer toro de la corrida celebrada el domingo

Toros de Alipio Pérez T. Sanchón GALLITO, PEPIN MARTIN VAZQUEZ Y RAFAEL LLORENTE



Rafael Llorente muleteando al toro con la mano izquierda, durante su actuación del domingo en la Plaza de Madrid



Pepin Martín Vázquez, Rafael Llorente y Gallito antes de hacer el paseo (Fotos Baldomero)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

DON ALIPIO no tuvo la culpa

COMO en otras ocasiones he tenido oportunidad de alabarle sus méritos, no me duelen prendas para decir que en la corrida del domingo no me gustó el benjamín de los Martín Vázquez, salvo en el quite por verónicas finísimas al toro que abrió Plaza, y quizá, quizá, en unas chicuelinas al sexto toro. Pepín Martín Vázquez venía a Madrid con una calidad refrendada por las sesenta corridas del año



pasado. Sesenta corridas, más las mejicanas, son un buen bagaje sobre las espaldas para tener un sitio en la Plaza, que debió ser el de preeminencia del festejo. La corrida —con media entrada— era él en su mayoría. Y Pepín compareció, en el mejor de los casos, en plan de novillero pinturero, mitad rabioso, mitad con vanidad y gestos.

Se encontró con un segundo toro que fué el menos torearle de la corrida. Blando de patas, se defendía frenando y echando arriba la cara. Pasemos por alto la faena de muleta, no fácil, porque si se le castigaba, se caía, y si se le trataba con suavidad y por alto, seguía con su defecto. Lo que ya es peor fué que lo mató medianamente. ¡Pero el quinto toro! No tenía más inconveniente que su trapío de veintiocho arrobas. Impuso el respeto, claro. No supieron torearle de capa, ni picarle —Pepín, aquello necesitaba ser dirigido—, en no sé cuántas entradas. Joaquinito, el gran peón, tuvo que quitarse la montera para agradecer la ovación que mereció por clavar magníficamente. A Pepín le zumban algunas voces alusivas, y se va al toro con rabia. Puede ser «su faena». Tantea por bajo, y, ¡a! fin!, logra el tono mayor de una serie de naturales con dos pases estupendos. Y se ahoga en nervios y en afán de acortar ante un toro que pedía toreo a gritos. Un par de molinetes, un rodillazo y a matar precipitadamente. Cuatro pinchazos con la brújula perdida. La estocada ida y los descabellos. No es eso, Pepín; no es eso.

Una ocasión tan clara, y más, la tuvo Gallito en el primero, que era magnífico. Estuvo fatal el diestro. En el cuarto, y en los quites, quiso dar en gitanerías lo que no dió en toreo ni en ajuste un solo momento. Dos pases contados, y a hacer juegos malabares con la muleta por delante del toro. Bueno. Lo de Gallito es un caso ya viejo y comentado. Ya se sabe lo que hay y lo que no hay. Mejora, aunque dé la vuelta al mundo siete veces, no parece posible. Le silbaron bastante.

Llorente, por el contrario, fué aplaudido como justa compensación a su valor. Muy valiente; cosa más meritoria cuando, no se sabe por qué, han disminuído sus facultades de mando y se le ve un poco a merced de los toros. Algunas verónicas, unas gaoneras, unos pases en redondo recordaron el sitio y desahogo que tenía y que hoy aparece palidecido. Sus faenas de muleta fueron, en un ochenta por ciento, la porfía por lograr el segundo natural, cuando no había despegado el toro en el primero.

Poco resultado, en suma, ante unos toros buenos, de lámina y peso, y que se dejaron torear sin almbaramientos. Dos toros buenos, primero y quinto; discreto el lote de Llorente, y con flojera de remos el resto. Don Alipio no tuvo la culpa.

EL CACHETERO



Gallito opina que el ganado requería ser toreado al estilo antiguo...

GALLITO

COMO Rafael, en vez de tener el santo de cara, lo tuvo de espaldas; los rostros del torero y de los amigos parecían estar ensombrecidos por el disgusto. Gallito se hallaba reposando. Sobre la mesita de noche, una botella de agua mineral y un paquete de cigarrillos, que en poco rato quedó volatilizado. Su hermano Pepe, sentado a los pies de la cama, miraba sin ver por el amplio ventanal los tejados de las casas colindantes.

Rayito, el apoderado, medía la habitación a grandes zancadas. Alvarez Toral y dos o tres amigos más completaban la escena, haciendo comentarios sobre la corrida.

—Al ganado —dijo Gallito— que hoy despachamos en la Monumental no se le podía hacer otra cosa que torearlo al estilo antiguo: abriendo el compás, aliando con brevedad y situándose el torero a la defensiva. Ni el mismísimo Curro Cúchares hubiera podido torear como la gente se empeña en exigirnos.

—El primer toro pareció ofrecer mejores condiciones—me atrevo a insinuar.

—Pues, amigo, a usted, como a muchos, le equivocó el tal torito —contesta con gran aplomo el genial sobrino del «divino calvo». Ha sido —prosiguió— uno de los toros más peligrosos que he lidiado en toda mi vida. Pero de esto tan sólo debieron percatarse los que estábamos en el ruedo y algún que otro espectador.

Con ánimo de atenuar el mal efecto sembrado por mi anterior hipótesis, declaro haber echado en falta algún puyazo en varios toros.

—Yo aun diría más —dixé Gallito en tono festivo—. Diría que los toros difíciles y peligrosos no debieran nunca salir vivos del primer tercio. ¡Para lo que luego puede hacerse con ellos!...

—¿Y el cuarto toro, querido Rafael?

—A éste le faltó toda la fuerza de que tan sobrado estuvo el primero. Fué un toro que, lejos de pasar, se caía constantemente. De no ser así, quizá le hubiera podido sacar mayor rendimiento. Pero está visto que sigo en Madrid sin que me salga un toro de embestida decente...

DESPUES DE LA CORRIDA

El ganado requería ser toreado al estilo antiguo, opinó Gallito

A mi segundo toro no se le podía hacer más faena, dijo Pepín

Llorente salió descontento por las dificultades de sus dos toros

Gallito sigue como siempre. Tardes grandes o fracasos ruidosos; cara o cruz; sol deslumbrante o noche oscura; tan pronto cumbre como abismo.

MARTIN VAZQUEZ

El hijo menor del señor Curro se encorajinó en su segundo astado, y con sólo cuatro o cinco pases evidenció que el toreo no tiene secretos para él y que cuando quiere es el artista consumado poseedor del arte más exquisito.

Pero, ¿por qué cortó en seco la faena para desencanto de un público esperanzado?

Incógnita, que el mismo Pepín nos la despeja en la forma siguiente:

—Aceleré el momento de entrar a matar por en-



Pepín Martín Vázquez cree que no podía hacérsele más faena a su segundo toro...



Rafael Llorente salió descontento por las dificultades de sus dos toros (Fotos Baldomero)

tender que allí no cabían más pases que los justos, y éstos ya los había dado. Tenía que aprovechar la igualdad del animal, y eso es lo que hice. Como al bicho no se le podía hacer más faena, no creo haberme equivocado.

—Se trataba de un buen mozo —corroboraba Miguel Prieto—, que en bruto ha pesado quinientos cuarenta kilos. Muy alto de agujas y corto de cuello, adolecía de embestir siempre con la cara arriba.

—¿Cómo te encuentras este año?—preguntó al torero.

—En plena forma y ocupando un sitio que no dejaré arrebatar me fácilmente. El 15 y el 19 de este mismo mes saldré a demostrarlo en esta misma Plaza.

LLORENTE

Llegó a su domicilio en el instante en que lo abandona, acompañado de Marcial Lalandia y de Muñoz Román.

—La corrida —opina Rafael— salió difícil y con exceso de casta. Porfié en torearla como si de toritos facilones se tratara, y creo haber demostrado que no me he dejado amilanar en ningún momento.

A mi primer toro le porfié seis veces con la izquierda buscando el natural; pero el bicho estaba más pendiente de mí que del engaño, y todas sus arrancadas resultaron fuertes y descompuestas.

Al sexto, manso y venciéndose en demasía por el derecho, también le provoqué la embestida, incluso por el lado difícil; pero el resultado no estuvo en relación con mis deseos.

Los acompañantes de Llorente comentan la frialdad demostrada toda la tarde por el público. La gente salió tan fría como había entrado.

Ni el gran estilo y arrojo de Llorente con la espada consiguió sacar al «respetable» de su reserva.

¿Influían los precios elevados? ¿Acaso lo exiguo de la concurrencia, o bien la inclemencia del tiempo?

Chi lo sé!

F. MENDO

CUANDO veo a los cronistas taurinos de la Prensa actual en sus viajes a las ciudades donde se celebran corridas de toros, me viene siempre a la memoria el caso del revistero de «El arte de la lidia». Un caso nada difundido, y que yo conocí por mi manía de leer los periódicos de otras épocas y de adentrarme por los modos y maneras con que esos periódicos se hacían.

Frente al avión, al automóvil o al coche-cama en que ahora van a las corridas de toros que se celebran fuera de Madrid quienes tienen obligación de informarnos de ellas, están los lentos y traquetreantes viajes de los cronistas de hace más de sesenta años. Porque no se crea que esto de los enviados especiales es práctica reciente: esto se hacía ya en el siglo pasado, y sólo han cambiado los sistemas expedicionarios.

Afortunadamente, la velocidad se ha desarrollado mucho desde los tiempos de Carra-Ancha a los de Manolete. Y ver torear a un matador de ahora, por simple afición o por misión informativa, no exige el gran sacrificio que representaba salir de Madrid a una ciudad cualquiera, por cercana que estuviese.

Hoy despedimos a los compañeros que se desplazan para la crítica taurina con la alegría de saberlos en un viaje rápido y cómodo. Pero debía de ser una angustia verlos partir para una ciudad próxima a Madrid, con una perspectiva de tan largo viaje como pueda ser ahora el de Vigo o el de Almería. Y a sabiendas de que aquella crónica se iba a publicar nueve días después de celebrada la función.

Un revistero de aquella época —el de «El arte de la lidia»— empezaba así la información de una corrida que tuvo que presenciar en Segovia:

«A las siete y treinta del día 25 del pasado agosto (1883), partíamos en el tren correo del Norte de la estación de Madrid. Poco antes de las nueve, en la estación de Villalba, ocupábamos un asiento en la diligencia que había de conducirnos a Segovia.

A la una de la mañana nos encontrábamos en la cima del puerto de Navacerrada. Poco después de las dos y media cruzábamos por La Granja. Y a las cuatro y algunos minutos el carruaje se detenía en la plaza Mayor de la ciudad, término de nuestro viaje.»

Es decir, que para recorrer los cien kilómetros que separan a Segovia de Madrid, ese

En los tiempos heroicos del periodismo



La ciudad de Segovia, a la que fué Jeremías a hacer la reseña de una corrida de toros

Casi veintidós horas de viaje para informar del resultado de una corrida en Segovia



Cuatrodedos



Rafael, el Gallo



Cabecera de «El Arte de la Lidia», donde se publicó la reseña de la corrida de Segovia

cronista de toros tuvo que hacer un viaje de casi nueve horas; hubo de solicitar de madrugada hospedaje en un hotel, y, por afiadura, permanecer doce horas en espera de la función.

Gracias a que hubo un hotel de la calle Real que le abrió amablemente las puertas.

Y gracias también a que Segovia es ciudad que tiene una gran riqueza artística ante la que detenerse pausadamente.

Esto es lo que hizo el cronista de «El arte de la lidia», según relató minuciosamente en su información. Porque, eso sí, el hombre aprovechó el viaje —hizo muy bien en ello— para visitar los monumentos de la ciudad antes de irse a la Plaza de Toros. Y de su visita dejó constancia en su crónica, por la cual sabemos que a las siete de la mañana estaba en pie, que a las ocho había recorrido despaciosamente la catedral y que a continuación se había ido a ver el acueducto...

Presenció el apartado de los toros, asistió a la prueba de los caballos, fué presentado al alcalde «por uno de los abonados a tabloncillo de grada en la Plaza de Madrid», y aun le quedó mucho tiempo disponible antes de que comenzase la corrida.

Actuaron como espadas Gallo Chico y Cuatrodedos, que despacharon cinco toros de don José Gómez y uno de doña Francisca Benito. Y la verdad es que el festejo no resultó demasiado lucido y que el cronista no debió de divertirse mucho; entre el sueño de sus tres horas mal dormidas y la monotonía que la corrida tuvo.

Pero faltaba otro trance no menos agobiador que el del viaje a Segovia: el del regreso a Madrid.

Salió de Segovia ese heroico informador a las nueve en punto de la noche y llegó a Madrid cerca de las nueve y media de la mañana. Es fácil suponer en qué estado entraría en la capital, con este resumen cronométrico de su excursión: dos noches sin dormir, casi veintidós horas de viajes y un susto tremendo cuando un toro saltó al callejón. ¡Y todo para informar a sus lectores del resultado de una corrida!

En los anales de las más esforzadas proezas periodísticas no puede faltar la mención del viaje informativo que hizo a Segovia el cronista de «El arte de la lidia». Un cronista que se firmaba Jeremías.

Hay seudónimos que tienen una evidente propiedad.

F. CASTAN PALOMAR

Un gran cartel: RODRIGUEZ, SANCHEZ y GOMEZ

FUE en 1909 cuando aquel concienzudo y detallista don Manuel Serrano García-Vao, Dulzuras como nombre de guerra, al frente de *Los Toros*, comenzó una campaña contra el abuso de la repetición de apodos, abuso que en tantas ocasiones llevaba al ridículo. Era aquel de 1909 un tiempo en que los toreros con apodo ganaban por abrumadora mayoría a los que peinaban coleta sin ponerse otro distintivo en los programas que el que les servía para la cédula. Y, naturalmente, lo mismo que en otros aspectos de la vida, en que unos tienen automóvil y billetes de mil pesetas y otros no, había quien poseía un remoquete lleno de fama, de gloria y de esplendor, en tanto otros, sin apodos que directamente les pertenecieran ni arranques para inmortalizar otros nuevos, se ponían a la puerta de un café, esperaban la salida de un lidiador de campanillas, extendían la mano y gimoteaban:

—Compañero: Deme usted unas migajitas de su apodo célebre, que no lo puedo ganar...

Y de esa clase de migajas salieron los Frascuelitos, los Lagartijillos, los Mazzantínitos, los Algabefillos y los Machaquitos de todos los pueblos y de todos los barrios, que servían como de añadido gasógeno a los motes afamados.

Decía que los lectores de *Los Toros* y los de don Angel Caamaño, el Barquero, que se adhirió a la campaña, se encontraron con que tal corrida, que ellos creían la habían toreado, por ejemplo, Lagartijillo Chico, el Ostioncito, Algabefo II y Machaquito de Sevilla, en las reseñas correspondientes aparecían como actuantes un tal José Moreno, otro tal José Morales, un Pedro Carranza y un Trini Pérez. Y los lectores se preguntaban con extrañeza: "Pero, ¿quiénes han toreado en Cuenca? ¿Pues no hemos leído en *El Imparcial* que fueron Lagartijillo Chico y Ostioncito, y *Los Toros* nos asegura que han sido José Moreno y José Morales?"

Con lo cual la cosa se ponía peor, como se ha podido comprobar al correr de los tiempos, que han venido a dar en el caos actual. La gente de trenza, que ya no es de trenza, pues con su supresión comenzó la serie de restricciones establecidas en relación con cosas que a los aficionados otoñales nos parecían muy toreras e imprescindibles, así el chaleco y parte de la calzona en los picadores —a cambio de unos brochazos de pintura amarilla—, y en los espadas el feliz hallazgo en los bazares de los estoque de pallotroque, permisivos de que las faenas de muleta puedan hacerse sin deterioros digitales, consintieron la jubilación casi absoluta de los lidiadores con apodo, con la inundación en los carteles de los Pérez, los Rodríguez y los Sánchez, apellidos de todos mis respetos, pero promotores de la confusión que reina en programas y revistas, ya sean comunicadas por telégrafo, teletipo, por correo o hasta por un "propio" de esos que han de hacer la entrega "en propia mano".

Yo, que soy amigo de la estadística taurina, porque entiendo que la Historia hay que hacerla completa y con el propósito de que puedan leerla con provecho las generaciones que nos sigan, me armé soberanos embrollos con los Navarro, los Rodríguez, los Sánchez y los etcétera, que no sólo se llaman Sánchez, Rodríguez y Navarro, como cualesquiera otros vecinos, sino que, además, sus padres, el padrino o un tío segundo, decidieron que se llamasen Francisco o Manolo, que son nombres más corrientes y menos complicados que aquel a quien pusieron Pacomio o al que le llamaron Dacio; pero que, por lo mismo, conducen a la confusión. "¿Por qué un apodo glorioso

como el de Lagartijo ha de ir muchas veces por las páginas de la Historia de tumbo en tumbo y de fracaso en fracaso?", tronaban los que suprimieron en sus escritos los apodos espurios, sin encomendarse a Dios ni al diablo, en la creencia de que el lio estaba deshecho con su acuerdo y que la historia torera les tendría por bienhechores de la claridad si su decisión se tomaba en cuenta. "¿Cuántos Saleris ha habido en el torero y cuánta confusión no habrá para distinguirlos en tiempos que no veremos?", decían los partidarios de la supresión a rajatabla de los remoquetes sucedáneos.

¿Y cuántas confusiones no se encontrarán también para distinguir a un Paco Rodríguez, de Méjico, de un Paco Rodríguez, de Cádiz, o de un Paco Rodríguez de vayan ustedes a saber de dónde?, les argüiríamos. ¿Y acaso no existieron o existen un Manuel Navarro, de Brenes, y un Manuel Navarro, de Zaragoza, y otro Manuel Navarro, que no sabemos si es de Cádiz, de Madrid o de Albacete? ¿Y de dónde es o era un veterano banderillero que iba con Manolito Bienvenida, y que igualmente acreditaba su derecho a llamarse Manuel Navarro?

La falta de agilidad mental —frase que ha quedado en taurina— de los que entienden que el hábito hace al monje y el apodo al torero, les mantiene la esperanza de que con un apodo que llegó a los tendidos, más un pequeño aditamento en el suyo, las faenas de muleta les será cosa de coser y cantar. Tal creencia es una tontería. Pero no lo es menos el consuelo de todos, que tanto se lleva en las visitas de pésame, cuando el visitante, por aliviar en algo la aflicción de la familia, da noticia de todos los que por aquellos días se han muerto o están agonizando del mismo mal que se llevó al difunto. Pero, ¿es posible —tienen que preguntarse— que en este instante haya tantos dolientes de apendicitis, de perforación de estómago o de cáncer de hígado? Pregunta que también podemos hacernos en el torero. Ejemplo: hasta 1938 no nos habíamos dado cuenta de que los nombres de José y de Luis, reunidos en una misma persona, no "hacían feo". Mas salió del barrio de San Bernardo un torero que se llamaba Pepe Luis y entonces nos hemos enterado, como en las visitas de condolencia, de cuántos Pepelúises estaban en embrión y dispuestos para saltar al ruedo. ¿Embrollo con los apodos repetidos? Indudable. ¿Confusión con los apellidos a secas? Mayor. Y, además, como ocurría con aquel olor del azúcar quemado en la letrina de la casa de huéspedes, cabe decir que "con azúcar está peor". ¡Hacían tan toreros los apodos! ¡Y tan torera la coleta! ¡Y tan de hombre el estoque de acero! ¡Y tan varonil el picador que iba a la Plaza en su caballo, y no embullido en un ómnibus!

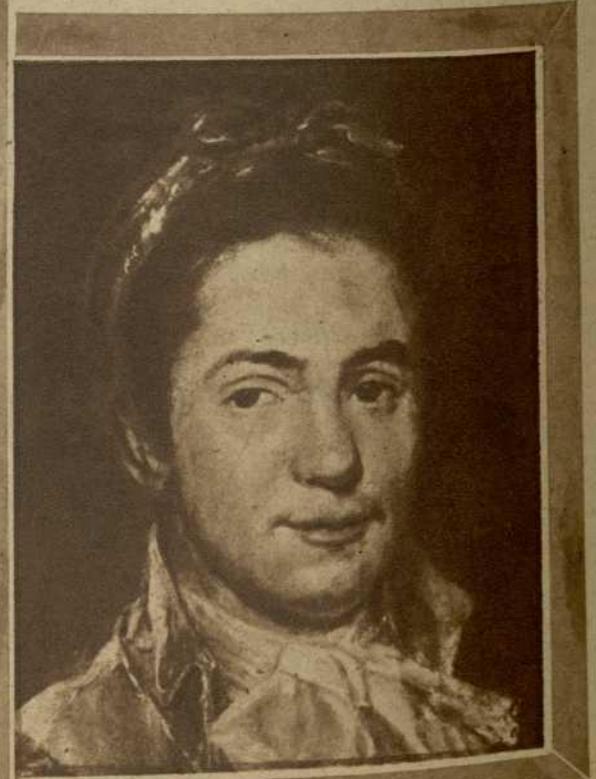
—Y bien,—me dirá un lector que se haya relamido de gusto al leer el título de este artículo—. ¿dónde está ese gran cartel prometido con Rodríguez, Sánchez y Gómez?

Ese cartel, querido lector, es un cartel imaginario-histórico, que ya en los ruedos no puede tener realización. Rodríguez se llamaba Joaquín y se apodaba Costillares; Sánchez tenía como precedente un Salvador y como consiguiente un Frascuelo que todavía levanta a los públicos de sus asientos, y Gómez se llamaba José, que se unía con un Gallito o un Joselito el Gallo. De un lado, Rodríguez, Sánchez y Gómez en el cartel, con perfecto derecho. De otro, Costillares, Frascuelo y Joselito el Gallo.

Elige, amigo lector, lo que te parece que huele más a torero, y decide.—**DON INDALECIO**



Frascuelo, Joselito y Costillares



CUANDO en ese constante e infatigable deambular en torno del arte y en ese afán de hallar la nota típicamente taurina que nos muestre el reflejo y la supremacía de unas costumbres populares en la pintura, tropezamos derivadamente con el tema de la vieja capea pueblerina, ya ciertamente desplazada y desvanecida en el uso, hemos sentido el deseo de detenernos en el asunto, recordando esta antigua costumbre, tal vez más por lo que tiene en el fondo de manifestación de devoción taurina, que lo que pueda interesar en sí el espectáculo mismo. Anulado casi está en las costumbres en buena hora por cuantos riesgos y peligros encierra; pero es indudable que aquel —llamémosle ya «aquel»— espectáculo, modesto remedo de las auténticas corridas de novillos sin picadores, eran en sí como públicas escuelas prácticas de tauromaquia, que no las hubiera mejorado el rey Fernando VII y su ministro el funesto Calomarde.

Afincadas las corridas de toros en el alma del pueblo, en las costumbres tradicionales del país, no era posible privar a ciertas aldeas o pueblecillos del aparatoso espectáculo taurino por falta del consiguiente coso; pero allí estaba, espléndida y prometedora, la plaza principal, sirviendo, acondicionada, para



«Capea», cuadro de Eugenio Lucas, en el que con la bondad de su técnica se aprecia una fase de la vieja costumbre torera



«Capea en un pueblo de Castilla», lienzo de Félix Frutos, lleno de luz y movilidad, y en el que el ambiente ha sido fielmente captado

EL ARTE Y LOS TOROS

LA CAPEA

«Corrida pueblerina», aguafuerte de Francisco Esteve Botey, que nos recuerda el estilo y la técnica de los grandes maestros



el caso, cerradas sus bocacalles, mientras el balcón corrido de la Casa Consistorial servía de lucido palco a autoridades y lugareñas manolas. Carreras, susos, gritos, algún que otro desmayo y unos puntos de sutura, eran en sí el sumando de la fiesta; pero en ella, por encima de un número del programa en los festejos patronales, estaba el sentido puramente español, el aleteo de una inclinación temperamental dada a devotas preferencias espectaculares. Frecuentes las capeas en épocas anteriores, como asimismo las vaquillas, dieron motivo y ocasiones sin número para que el arte, la pintura más concretamente, captara para sí, en lógica ambición reproductiva, esa populachera pueblerina que dió ambiente a la fiesta taurina que comentamos, y ya Goya, y principalmente Lucas, pintores prendados de la ruidosa algarabía callejera, de lo castizo y tradicional de nuestras costumbres, recogen, como manifestación taurina de segundo orden, las capeas pueblerinas. Eugenio Lucas, padre e hijo, prodigan el asunto en sus lienzos, en los que había de presidir cierta agobiadora ansiedad, cierto sentido de lo trágico o impresionable, con la nota del improvisado y huidizo torero perseguido por la res, y hasta el momento más o menos espeluznante de la fatal y aparatosa cogida. El tema entra en sí de lleno en el costumbrismo pictórico, y claro está que tiene tantas posibilidades, se presta a tan destacados

y atrayentes motivos, que raro es el pintor profundamente españolista, apegado a las viejas herencias y tradiciones, que no se sintió esclavo del tema, bien por lo que al fin y al cabo tuviera de espectáculo taurino, que por recoger, como le aconteció a Ruiz de Valdivia con la «Suerte del cesto», capea en resumidas cuentas, el costumbrismo regional y localista en el viejo y pintoresco Aragón. Antonio Casero, uno de los pintores jóvenes, devoto y especialista taurómico, excelente dibujante e impresionista, tan hábil con el pincel como con el lápiz, he-

redero directo de aquella escuela de los Lucas, ha captado no pocas veces el ambiente pueblerino de la capea, con ese garbo, soltura y donaire españolísimo y castizo que le caracteriza, y en graciosa y atrayente realización nos ha mostrado unas «Capeas» admirables. Y como él, Esteve Botey, el maestro del aguafuerte, nos brindó en su día una «Capea» llena de sabor local, como acontece con esa admirable de Félix de Frutos, sin olvidar a Pilar Millán Alosete en su fina estampa «Capea en el pueblo», digna de ser elogiada. Mas ¿qué pintor devoto del tema taurino, de estos o de cualquier otro tiempo, no se ocupó de las pintorescas capeas de pueblo?

Aquellas capeas sirvieron para desvanecer no pocas ansias torcidas toreras, para alentar otras y para servir de aprendizaje a no

pocos que, con el tiempo, fueron figuras deslumbrantes del toreo. Aunque las costumbres cambien y los tiempos modifiquen ciertas imposibles tradiciones de los pueblos, ahí estará el arte, recordándonos a cada paso lo que fueron ciertas suertes y momentos por que atravesó la fiesta nacional, enlazada siempre a la expresión más genuinamente popular de nuestro suelo.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

DON TANCREDO



Don Tancredo, en una de sus famosas actuaciones, en la Plaza de Madrid

QUIEN no recuerda la figura estoica de Don Tancredo aguantando como un marmolillo la embestida de un toro? Pintarrajeado de blanco como Pierrot, alcanzó, como éste, los cuernos de la luna partiendo de los cuernos de los toros. Fué el héroe popular, el hombre del día. Por sufragio unánime le fué adjudicado el título prócer de *El rey del valor*. Anduvo en coplas y romances. Como el glorioso Gedeón en *Cuadros disolventes*, alcanzó los honores de la escena el 26

de enero de 1901 con la primera representación de *El juicio oral*, revista de Perrín y Palacios, con música de Rubio. Allí, el gran Enrique Chicote, caracterizado de Don Tancredo, cantó las celebérrimas coplas, cuyo estribillo era:

*Don Tancredo, Don Tancredo,
en su vida tuvo miedo.
Don Tancredo es un barbán.
Hay que ver a Don Tancredo
subido en su pedestal.*

Y precisamente esta copla, ¡parece mentira!, dió al traste cierta noche con el valor del *rey del valor*, como vamos a ver.

El juicio oral acrecentó más tarde su éxito, pasando del Cómico a la Zarzuela, donde Pepe Moncayo deleitaba noche a noche al buen público con los *cuñados* de moda. Cierta día aparecieron los carteles con el anuncio de una función benéfica, en la que figuraba, como era de esperar, la revista que llenaba el teatro. Pero el programa contenía una sorpresa bomba, como ahora decimos. El Tancredo de mentirijillas iba a ser sustituido por el mismísimo don Tancredo López; el rey de la gracia, por el *rey del valor*. La Comisión organizadora había convencido al héroe popular, que aceptó complacido sin saber claramente a lo que se comprometía.

Una vez don Tancredo en el mundillo de telón adentro del coliseo de Jovellanos, donde Charamelli capitaneaba una turba de tramoyistas amigos de la broma, cundió entre ellos —y de ellos pasó a los coristas, cómicos y a la misma Empresa— la idea de poner a prueba el valor temerario del *rey del valor* mediante un bromazo sin consecuencias.

Don Tancredo acudió a los ensayos con la misma inocencia que los toros a su pedestal. Con su desparpajo imponente *hacia* que cantaba, y podía pasar; pero también era cierto que andaba tierno de memoria y vacilaba en la letra de las coplas que tenía que aprender. El director de escena le dijo:

—Don Tancredo, está usted como para chillarlo en su propia salsa; y aunque está usted en su papel, *no se sabe usted el papel*. ¿Quiere usted venir con nosotros al cuarto de don Jullán Romea, que no trabaja? Allí hay silencio. Con un par de horitas tiene usted bastante para asimilarse las coplas. Si quiere usted encerrarse, le enviaremos café y copas para que se inspire. ¿Viene usted?

Don Tancredo, halagado y sumiso, se dejó conducir al cuarto de Romea, que estaba —y está— situado en el saloncillo. Allí le aguardaban, en una mesita, ante un sillón y frente a la puerta, una bandeja con café, copas y una botella de coñac. En el rincón de la derecha y al lado de la mesita tenía don Jullán una armadura temerosa, con celada de encaje, un chuzo en la diestra y un guantelete de hierro en la siniestra que parecía la garra de un buitre. Don Tancredo miró la espantable figura con una leve escama supersticiosa. Sacó del bolsillo del chaleco un pomito de cristal y vertió en el café un par de gotas.

—¿Y eso, don Tancredo?—le preguntaron.

—Esto es un elixir—contestó muy grave—que gasto para darme valentía. Gracias a estas gotas milagrosas soy el *rey del valor*.

Inclináronse todos. Don Tancredo, por lo visto, tenía, como Don Quijote, su bálsamo de Fierabrás, aunque para uso diferente.

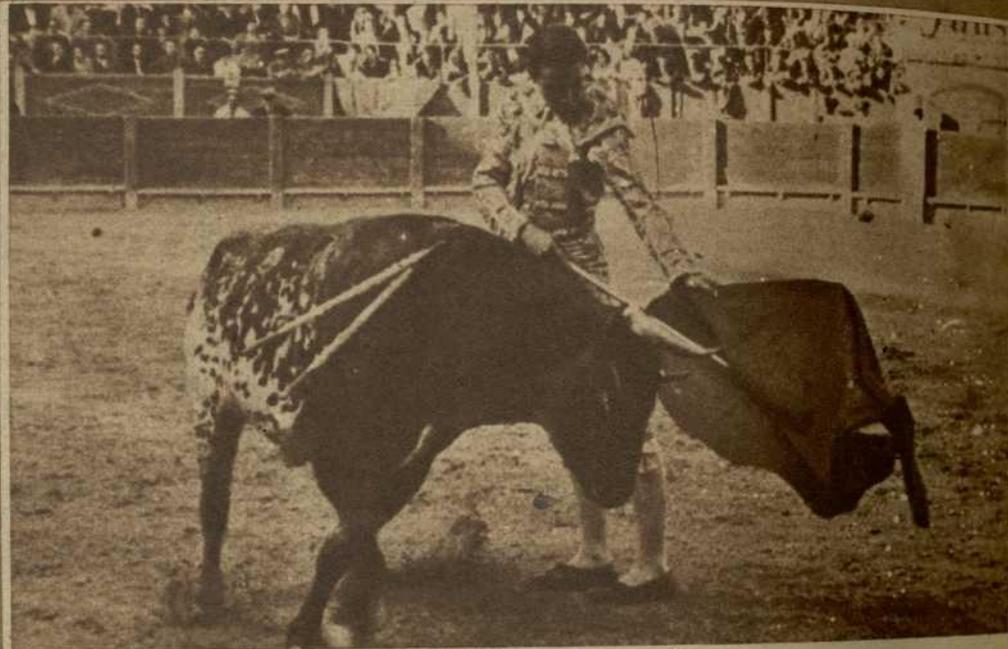
Salieron. Cerraron la puerta, dejando a nuestro hombre entregado al estudio de sus coplas. Y todos, sin mirarse, para no arriesgar la broma con una risotada inoportuna, silenciosos y de puntillas, tomaron asiento en los largos divanes adosados a las paredes del saloncillo. Un silencio adusto, que parecía muy largo, subrayaba la expectación por el desenlace. Y si algún autor o amigo de la casa entraba inadvertido, se le hacía una seña imperiosa de silencio y el visitante quedaba inmóvil y sin comprender. Hasta los retratos de Oudrid, Olona, Salas y Gaztambide, que colgaban de las paredes del saloncillo como fundadores del coliseo, parecían intrigados. De pronto, un alarido de espanto, como esos alaridos en la noche que tan bien describen los novelistas policíacos, los puso a todos en pie. Se precipitaron en el cuarto de Romea...

¡Y vieron al *rey del valor*, con los ojos desorbitados y los pelos de punta, mirando desparpajado a la terrible armadura que se le venía encima, atenzándole un hombro con el férreo guantelete, y con el chuzo en ristre en la misma punta de la nariz!—**FEDERICO OLIVER.**



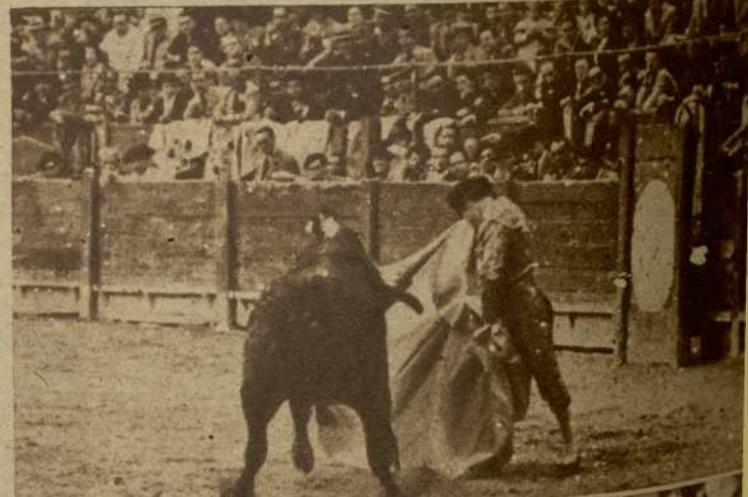
Conchita Cintrón recoge de manos de sus peones unas flores con que el público la obsequia en su vuelta al ruedo

Cartel de Alicante



Parrita, que tuvo una gran tarde y fué sacado en hombros, torea al natural a su primer toro

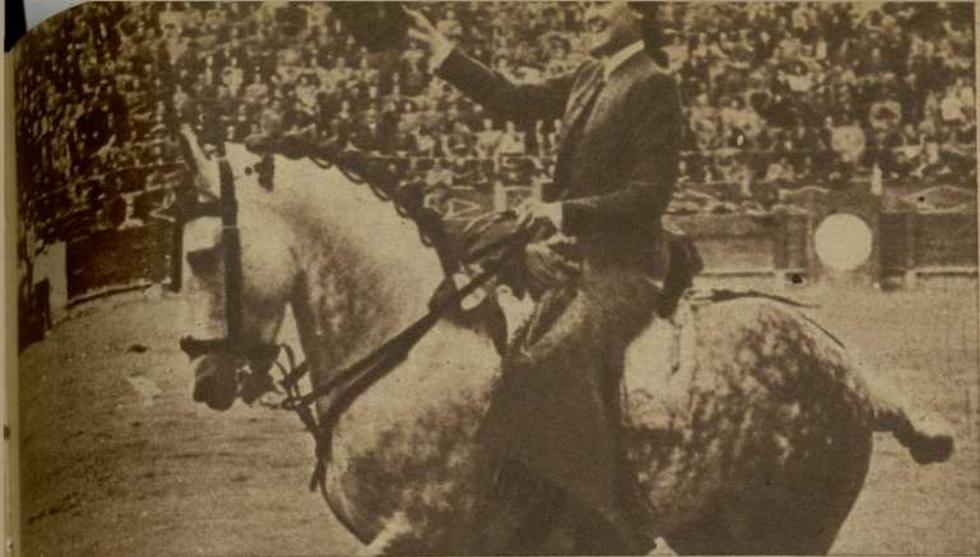
Pepe Luis Vázquez en una verónica a su segundo toro durante la corrida celebrada el pasado domingo en el coso de Alicante



El torero de San Bernardo, muy querido en Alicante, es asediado por los aficionados antes de empezar la corrida, en solicitud de autógrafos

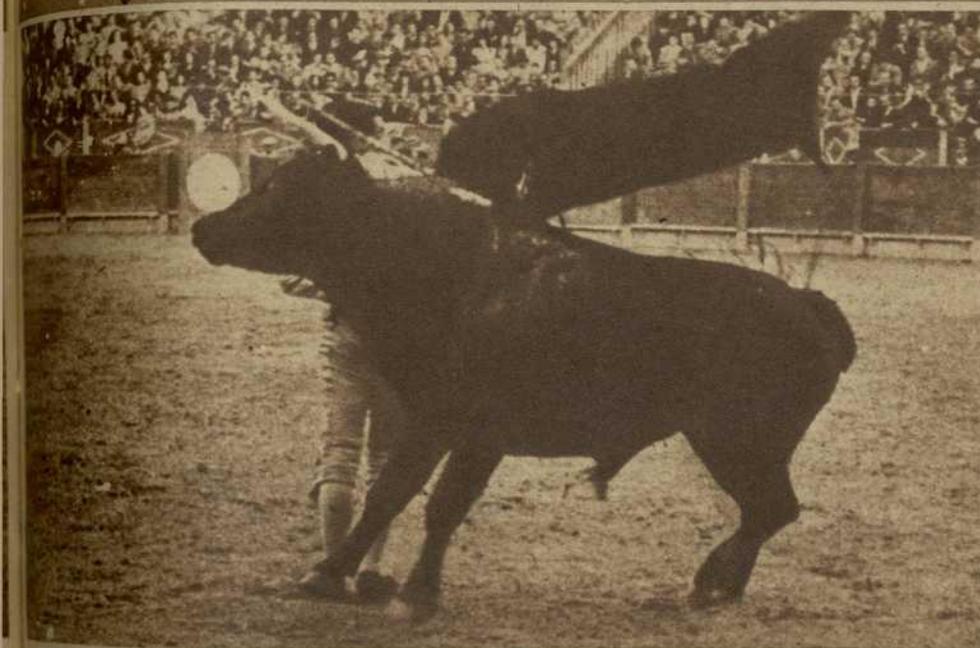
ALELUYAS TAURINAS

COLETUDOS DE AYER

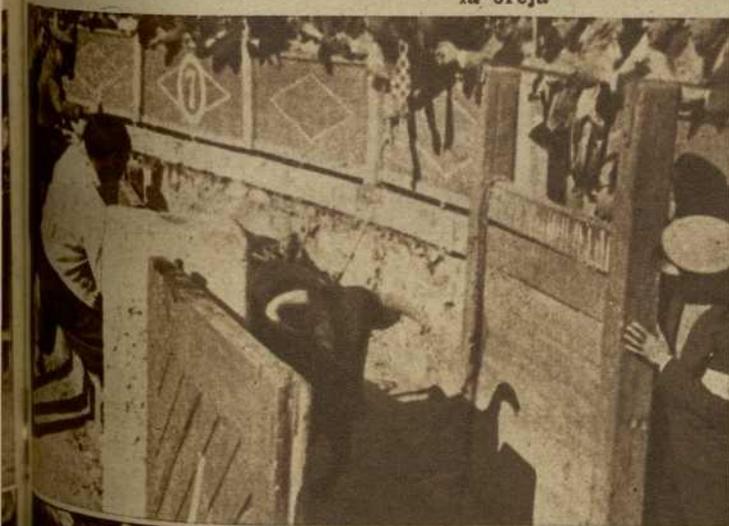


La gentil rejonadora peruana, antes de empezar la corrida, saluda desde el centro del ruedo alicantino al público que la aplaude

Conchita Cintrón, Pepe Luis, Fermín Rivera y Parrita



Una ceñida manoletina del mejicano Fermín Rivera, en el toro al que cortó la oreja



El novillo de rejonés, que resultó muy manso, saltó varias veces al callejón. He aquí al astado en uno de sus recorridos entre barreras



Tina Gascó y Fernando de Granada, con el presidente de la Diputación, presencian la corrida del domingo en la Plaza de Toros de Alicante (Fots. Sánchez)

EL recuerdo nostálgico del ayer es tema a la orden del día en lo literario y lo periodístico. Son los libros y los artículos evocadores, aquellos que gozan de un máximo número de lectores, que en éstos buscan un breve reposo al vivir intenso de las horas presentes.

Como el toreo tuvo en días pasados una existencia realmente gloriosa, hemos creído de interés espigar en viejos libros taurinos cosas del ayer, y, en efecto, el éxito nos ha sonreído, dándonos unas aleluyas —versitos, si se quiere— sobre los coletudos de más fama en el pasado.

Versitos taurinos del costumbrista Angel María Segovia, de Ossorio y Bernard, el madrileñista; de Luis Rivera, de Manuel de Palacio. Aleluyas o versos con la gracia y la sal de sus autores, cuyas producciones, sin orden ni concierto, con respecto a la maestría de los diestros retratados o el tiempo en que vivieron, hemos recogido. Y de estos retratos en líneas rimadas, sea el primero el de Lagartijo:

*Si hace el puchero, ya colijo
que ha de salir bien el cabo;
pues el toro, aunque sea bravo,
nunca coge a un lagartijo.*

Y del maestro indiscutible, de aquel de quien todos, taurinos y antitaurinos, hablaron tantas veces, pasemos a la biografía que de Cara Ancha hizo Segovia:

*En la cabeza del bicho,
es bravo, fresco, sereno;
tiene vergüenza torera
y tiene buenos deseos.*

*Pero aun debe de aprender
algo, yo se lo aconsejo,
y será lo que se llama,
dentro de poco, un maestro.*

Famoso entre los famosos, cuya vieja historia y valor tantas veces se han contado en estas mismas páginas, fué Bocanegra, de quien la pluma de Palacio escribió el pasado siglo esta cuarteta:

*Dicen que enfrente de un toro
no muda el color ni tiembla;
el alma la tendrá firme,
mas tiene la boca negra.*

No eran todo, en los versos taurinos de aquellos tiempos, amabilidades y lindézas; y así, un señor poeta de por entonces le dijo al conocido Angel López, de apodo Regatero:

*Como buen banderillero,
es inimitable, a fe;
pero como matador,
tiene mucho que aprender.*

Y para echar una de arena tras la de cal, añadía:

*Y esto se lo digo sólo
porque yo le quiero bien,
y me gusta que le aplaudan
cuando está en el redondel.*

A Cúchares, el diestro cuyo nombre sirve tantas veces al escritor para apellidar al arte de lidiar toros, le dibujó esquemáticamente —acaso demasiado— don Manuel de Palacio:

*Parecida a la de un toro,
su cabeza es un portento;
mata a traición y recibe,
no los toros, el dinero.*

No podía faltar en esta galería taurina del recuerdo un picador. Así, pues, sea el buen Juaneca el que se nos presenta en una linda cuarteta:

*Es un jinete con brio
y sabiendo como...
Picador de arte, de brazo,
y con frecuencia tumbón.*

Y ahora, cerrando plaza, quede sólo en ella el torero. El torero famoso y el humilde torerillo, que igual para unos que para otros vale el verso con que Ossorio y Bernard define a éstos, en su diccionario, en versitos aleluyescos.

Versitos o aleluyas para los de ayer y los de hoy, que cierran también este articulillo de recuerdos nostálgicos:

*El que al toro engaña
y lidia o mata con maña,
tipo al que el pueblo venera,
brillante y sola carrera
de porvenir en España.*

LUIS FONTEFRÍAS



Cúchares, cuadro que se exhibe en la Casa Romántica sevillana



Miguel Angel Regatero

LA MEDIA LAGARTIJO

Tuvo su origen en una temporada poco afortunada



A la izquierda: Dibujo de Lagartijo publicado en 'La Lidia'. A la derecha: Otro grabado de 'La Lidia', debido, como se ve, a Frascuelo.

Frascuelo, imponiéndose a la profunda impresión que dominaba en la Plaza, mató al toro causante de la cogida de una estocada corta y un descabello a la primera; por lo que fué objeto de una ovación.

Aquel percance marcó una raya en la historia taurómaca de Lagartijo; a partir de dicho suceso, empezó la segunda época del célebre espada, durante la cual eran contadas las veces que éste se estrechaba al entrar a matar; lejos de esto, daba un paso atrás antes de emprender el viaje, para luego cuarteear, y, sin necesidad y, al propio tiempo, casi exentas de peligro.

Pasó veinte años más matando toros, sin que apenas sufriera arañazos; cuando entraba a matar con rectitud y llegaba con la mano al pelo era porque tenía delante un toro completamente aplomado, cuya disposición le inspiraba gran confianza; de no ser así, empleaba la media estocada de su invención, y era ésta tan bien dirigida, a pesar del cuarteo del diestro, que mataba indefectiblemente y hacía rodar a los toros como pelotas, en medio de las delirantes ovaciones del público.

Aquella era la media estocada "lagartijera" que ha pasado a la historia con tal denominación, cuyo curso germinó en la mente de Rafael Molina como consecuencia de la cogida que sufrió del toro Charre-



La relación constante y las mutuas influencias entre los elementos material y moral del hombre contribuyen a demostrar la posibilidad de vincular entre sí todas las manifestaciones de nuestros actos, y sólo así se explica que ciertas crisis cerebrales den como resultado una educación de los centros nerviosos que aumenta lo que los filósofos llaman "música interna del individuo", la cual coopera a fortalecer y exteriorizar su personalidad.

Algo de esto ocurrió con la creación de la media estocada "lagartijera", que el gran Rafael Molina estableció como producto de la enseñanza de una cogida, y que, a pesar de tratarse de un recurso de ventaja, contribuyó a deparar a dicho maestro celebridad y gloria.

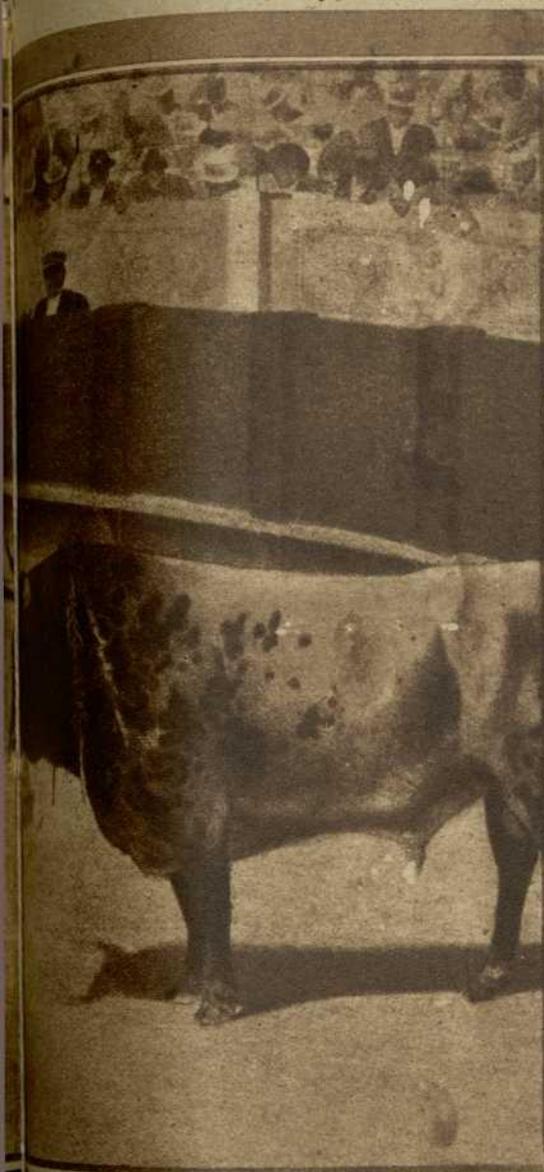
El toreo de Lagartijo no era emocionante, sino artístico, elegante y diéctil; jamás ponía al público en tensión nerviosa como el de Frascuelo, y si las cogidas en Salvador eran cosa corriente, constituían en Rafael una rareza. Por esto, causó profunda impresión y verdadera sorpresa la que el gran torero de Córdoba sufrió en la Plaza de Madrid el 22 de junio de 1873.

Lidiáronse en dicho día seis toros de la ganadería andaluza de don José Bermúdez, y rompió plaza Charre-telo, negro, jirón y bien puesto de cabeza, que se arrancó con voluntad a los picadores y acabó desafilando. Receloso en el segundo tercio, fué paseado con dificultades por Juan Molina y José Gómez, Gallito, y pasó a manos de Rafael, que vestía aquella tarde un traje grana y negro, cuyo espada, después de nueve pases, y como viera cuadrado a su enemigo, entró a herir y metió una estocada corta, pero no sin salir cogido por el brazo derecho y quedar suspendido al rigo rato, durante el cual dió el toro terribles cabezadas y causó grandes destrozos en las partes blandas del brazo susodicho.

Acudieron al quite Frascuelo y Juan Molina, y cuando Rafael logró soltarse del toro, se echó mano al brazo herido y dejó caer la cabeza, dando muestras de haber sufrido grave daño, como así ocurrió, pues conducido a la enfermería, el doctor Abcede de la Peña hubo de apreciarle dos heridas, una de ocho centímetros y otra de dos, ambas de gravedad.

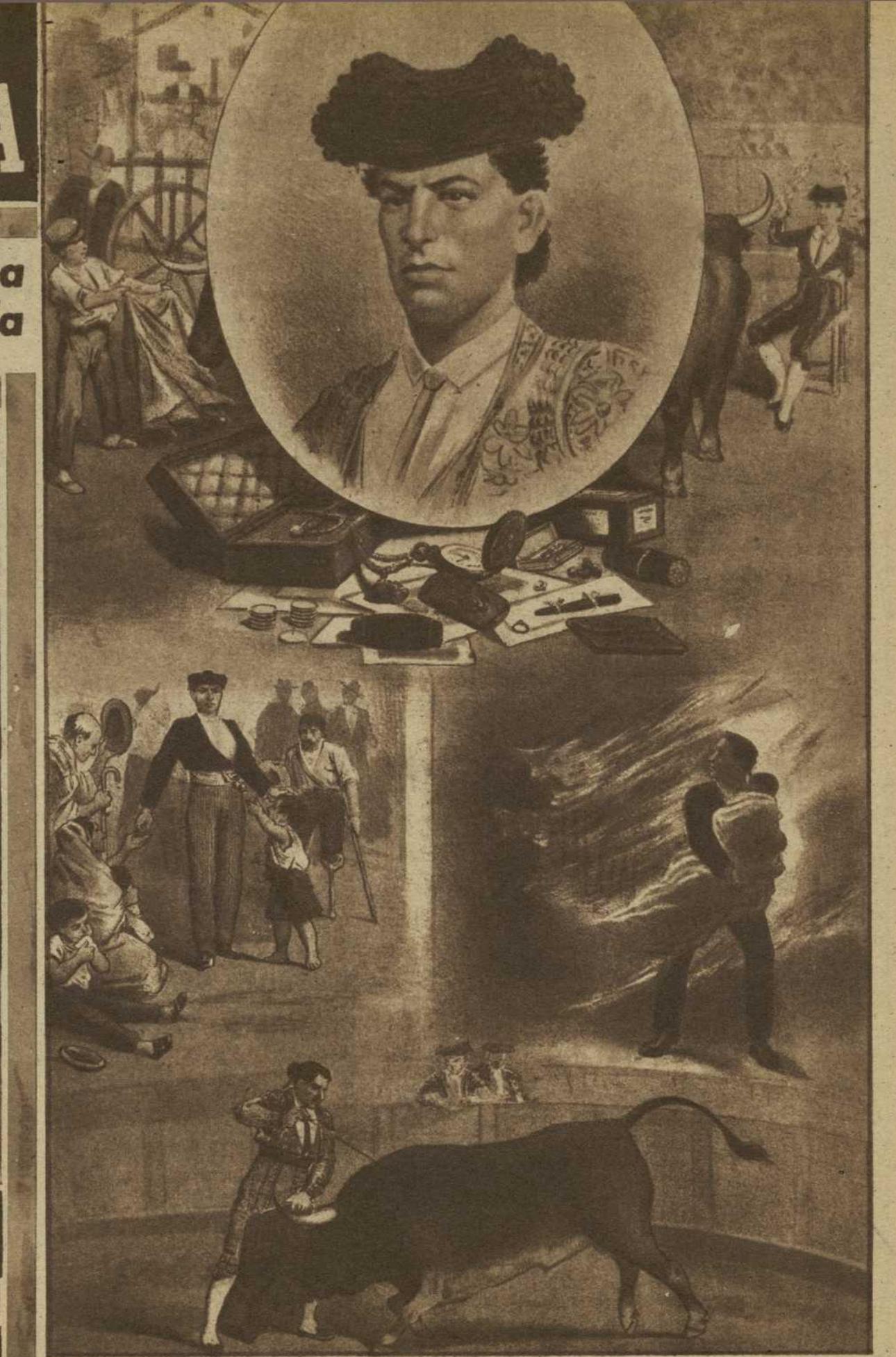
LAGARTIJERA

1873, que fué una
ovación para El Califa



En el centro: Rafael Molina entrando a matar.
Arriba, al lápiz de Perea, que representa a

...de la misma, asistió a la corrida que
se celebró en Madrid el 13 de julio siguiente, en la
que Chicorro y Chicorro estoquearon seis toros de Ve-
... y el público, al verle aparecer en el palco nú-
... le tributó una ovación cariñosísima. Frascuelo
... la muerte del quinto toro, llamado Cantarillo,
... Salvador, tras una faena ceñida y reposada, y
... de pinchar una vez en hueso, echó a rodar de
... magnífica, que produjo enorme entusiasmo
... de cigarrillos y sombreros; Lagartijo, des-
... de su reloj de oro, se lo arrojó a su no-
... envuelto en un pañuelo, y la ovación al gran
... que estaba en el palco y al gran matador que
... en la arena duró hasta la salida del toro
... terminaron con aquella cogida las vicisitudes de
... en la temporada de 1873.
... heridas que sufrió le hicieron perder bastantes
... y no volvió a presentarse en Madrid hasta el
... de septiembre; pero al poco tiempo se le decla-
... de las calenturas gástricas, que nuevamente le ale-
... de los ruidos, con cuya ausencia puso en un ver-
... a don Antonio y don José Hernández
... presarios a la sazón de la Plaza madrileña,
... era el primer espada del abono, y en éste,



aparte Lagartijo, no figuraban más que Frascuelo y Chicorro.

¿Con quién podían sustituir al gran torero de Córdoba? Con nadie. Por esto, al no poder tomar parte el mismo en la corrida del 5 de octubre, según certificación del mencionado doctor Alcalde de la Peña, hubieron de echar fuera la misma los otros dos matadores mencionados.

A pesar de no hallarse completamente restablecido, Rafael se propuso actuar en la corrida siguiente, celebrada el día 2, acaso por mostrarse sensible a los ruegos de la Empresa.

Antes de empezar la función, muchos de sus amigos y admiradores pasaron a saludarle al patio de caballos, donde le vieron embozado en su capote de lujo y sujeto a violentos accesos de fiebre.

En aquel estado, no era de esperar que el maestro realizara prodigios ante los toros de Miura que se iban a lidiar; al hacer el paseo, pudo notar la concurrencia que el diestro conde se hallaba muy desmejorado; su debilidad era extrema; pero la fibra le sostenía.

—¿Qué puede hacer Rafael?—se preguntaban todos.

Pues lo que hizo: pasar de muleta al primer muerfo, no sólo con su arte privativo, sino con valor, y como después de la faena quedara muy aplomada la res, lejos de recurrir Lagartijo a ventaja alguna —justificadísima en tal ocasión—, se dejó caer sobre el morrillo con una gran estocada, llegando con la mano al pelo y sacando los dedos tintos en sangre.

La ovación fué delirante, y los comentarios del público se resumían así:

—Lagartijo, enfermo, puede con los toros como los toreros más llenos de salud.

A partir de aquella temporada de 1873, habría de venir la estocada "lagartijera" a demostrar la inteligencia de aquel célebre torero; cierto es que con dicha media estocada quedaba sacrificada la verdad; pero sabido es que, como dijo... no sé quién: "Sólo el que cultiva la inteligencia puede sentarse entre los grandes hombres".

DON VENTURA

PACO URZAIZ y sus viajes alrededor de las ferias toreras



Don Francisco Urzáiz, el conocido aficionado sevillano, con Raimundo Blanco y nuestro colaborador Paco Montero, durante la pasada feria sevillana

Y a todo el mundo que ve le dice, con mucha suerte, que fué amigo de Reverte, de Guerrita y de José.

el Gallo y José. José era el agua de colonia. Rafael, el heliotropo. ¿Está claro?

Don Paco Urzáiz le bautizó una niña a Minuto, preside en Zaragoza la «Peña Fle-ta», le encanta charlar en la ópera con el vecino de butaca, y cuando oye, a orillas del Ebro, la dulce melancolía de un fandango del Alosno, le tiembla la sangre como si el corazón se le fuera, otra vez, al Rocío, a los caminitos de Almonte, a los verdes pinares de Lucena... Esta Andalucía no se ha podido borrar de su vida. Así nos lo dice Paco Urzáiz.

—Para mí, estas visitas a las ferias taurinas de toda España son como un homenaje a la Fiesta, que es el más hondo entusiasmo de todos los que me dominan. Ver toreros, ver torear, asistir a todos los tentaderos. Yo he tenido reses bravas y ahora las tengo mansas. Quiere decir esto que no creo en el toro, pero sí en el torero. Ahora se va a ver al torero, y verdaderamente es más artista y más fino que antes. Pero yo antes encontraba mayor vibración en la Plaza. ¡Los tiempos son así!... Cuando tengamos cien añitos más —dice Urzáiz— puede que otra vez el toro sea más grandecito. Ya nos veremos entonces, ¿no?

Con sus patillas curvadas, peinadas sobre la oreja; con su andar lento y gracioso, de armonioso ritmo; con su inquieta mirada hacia todos los sitios y todas las cosas, Paco Urzáiz, fabuloso andaluz, gran señor, aristócrata de auténtico estilo humano, dadivoso con la mejor caridad de buena ley, recorre España, en los altos de sus tareas constantes, para sentir de cerca el calor y la vida de esta Fiesta del toreo a la que consagra sus mejores días y momentos, desde que una mañana —de hace muchísimos años— viniera al mundo, entre el garbo, la dulzura y la gracia de los fandangos morenos de las rías de Huelva...

PACO MONTERO

Urzáiz, Raimundo Blanco y nuestro colaborador charlan sobre la fiesta en las calles de Sevilla (Fotos Arenas)



DEL cielo zaragozano nos ha llegado puntualmente, con la gracia de todos los años en la primavera de Sevilla, una sonrisa andaluza: la de Paco Urzáiz. (¿Quién se atreve a llamarle don Francisco con esa desbordante cordialidad con que inunda y abraza y quiere a sus amigos?) Pues bien; Paco Urzáiz ha estado en Sevilla toda la Feria, y como para él no existen los años —por muchos que sean—, ha hecho su vida habitual de siempre: amigos, paseos, tertulias, corridas, tentaderos...

En esto hacemos un alto: en la afición taurina de este efusivo andaluz que ahora va a gastarse una cifra fabulosa en construir una de las torres del templo de la Pilarica. Una afición taurina que cubre, como un grato aroma, el paso de sus años. Desde que nació en el claro y puro horizonte del cortijo de la Luz, en los alrededores de Lucena y Moguer, Paco Urzáiz ha sido una cuerda más en la guitarra de todas las alegrías andaluzas. Cante, vino, broma, toros... Esto fué su vida externa. Y su vida interna, a lo gran señor auténtico de Andalucía, diaria consagración a sus labranzas y sus trabajos.

—Hace mucho tiempo que voy a los toros. Yo tengo más años que un loro —nos dice con su peculiarísima gracia ingeniosa—, me gusta el cante flamenco, me encanta el vino y me divierte todo lo que veo... No hace mucho —agrega— estaba yo en el café, en Madrid, y se me acercó Enrique Fuentes, hermano del famoso Antonio. Me dijo que unos parroquianos preguntaban qué ex matador de toros o qué ganadero era yo. Y le dije muy serio: Diles que soy un mataó mejicano...

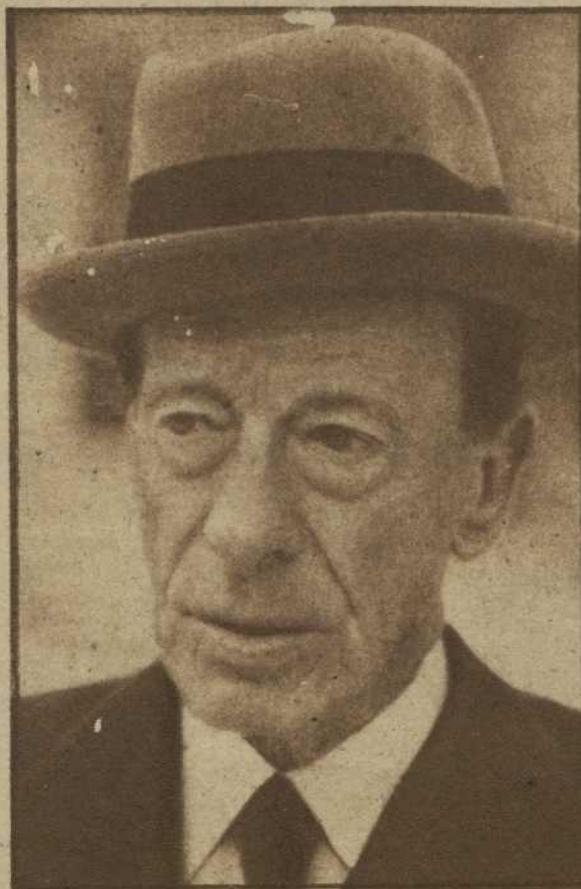
Paco Urzáiz ha sido amigo de Fuentes, de Guerrita, de Joselito... Todos los tiempos han dejado en él hondos y vivos recuerdos imborrables.

—A mi mujer la conocí gracias a Rafael Guerra. Me la presentó en una fiesta. Y gracias a Dios todavía vivimos los dos. Ahora hemos celebrado las bodas de oro...

La simpatía de Urzáiz ha traspasado las fronteras del mundillo taurino y ha cruzado a las páginas de los libros, al escenario... Los hermanos Quintero recogieron su gracia y su fabulosa expresividad en diversas comedias. Alberto Insúa inspiró en Paco Urzáiz su Manolito de la «Mujer, el torero y el toro». Un poeta ha escrito de él:

*Lleva patillas gitanas
y sombrero jerezano.
Es hacendista y huertano
y no le farta el parné.*

A Paco Urzáiz le gusta ser amigo de sus amigos. La generosidad le atrae, y servir a todos es su más profunda alegría. No existe, además, una feria famosa a la que Urzáiz no



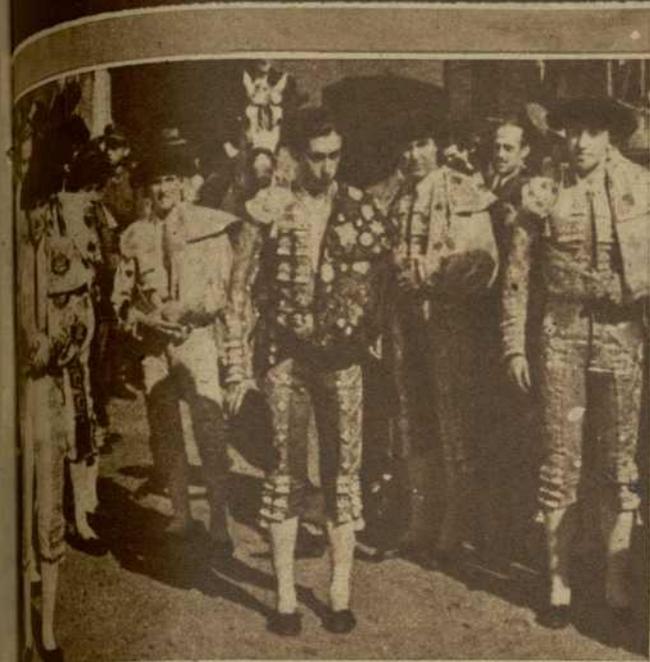
Paco Urzáiz, incansable seguidor de las ferias toreras

acuda, compuesto, acicalado, correctísimo, con su gracejo y su sonrisa de gran andaluz patriarcal y su encendido clavel en la solapa. Y ahora oigamos algunas de sus opiniones toreras. ¿Qué piensa Paco Urzáiz del toreo como arte difícil?

—El toreo, más que valor, es costumbre. Ningún torero conocido —todos son mis amigos y saben que digo la verdad— puede dementirme. Yo recuerdo que en un tentadero de Miura, el general Sanjurjo —íntimo mío—, cuando se nos encaró un novillo «se asustó» y yo no sentí impresión alguna. ¿Y no era Sanjurjo más valiente que yo como de aquí a la luna?, se pregunta Urzáiz, mientras va ordenando, en sus ojos chispeantes, ese mundo de anécdotas que se le escapa de modo incontenible...

—En el toreo, como arte, hay dos aromas de gran gusto: Rafael

**Novillos de HIDALGO
EN LA
FERIA SEVILLANA**

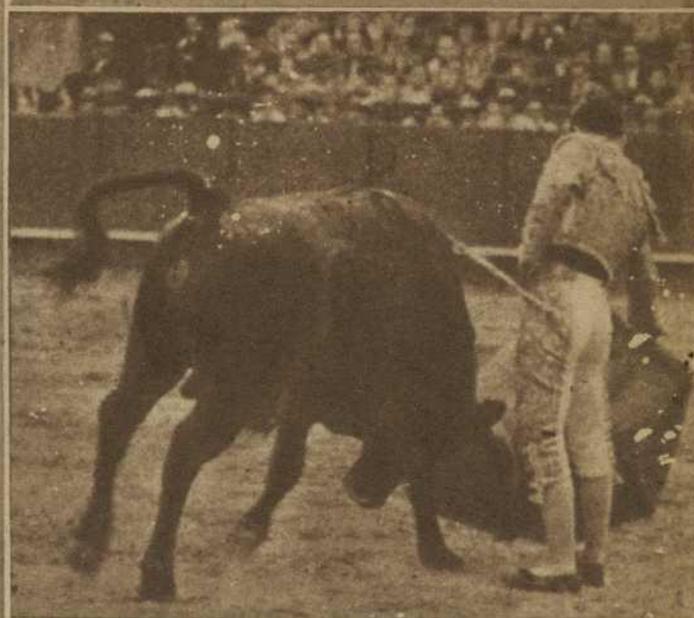


Morenito de Talavera Chico, Diamantino Vizeu y Balderas, dispuestos a iniciar el paseillo. Detrás de las cuadrillas aparece Conchita Cintrón



Conchita Cintrón da la vuelta al ruedo, por la faena realizada en el rejoneo del primer novillo en la Maestranza

**Conchita Cintrón,
Morenito de Talavera Chico,
Balderas
y Diamantino Vizeu**



Un rechazazo de Morenito de Talavera Chico al segundo toro que despachó en el último festejo de la feria sevillana, en el que fué ovacionado

El portugués Vizeu citando a banderillas en el primer toro que lidió en Sevilla, cortando una de las orejas por su faena



Vizeu dando la vuelta al ruedo del coso sevillano con la oreja que cortó en su primera actuación de la temporada (Fotos Arenas)



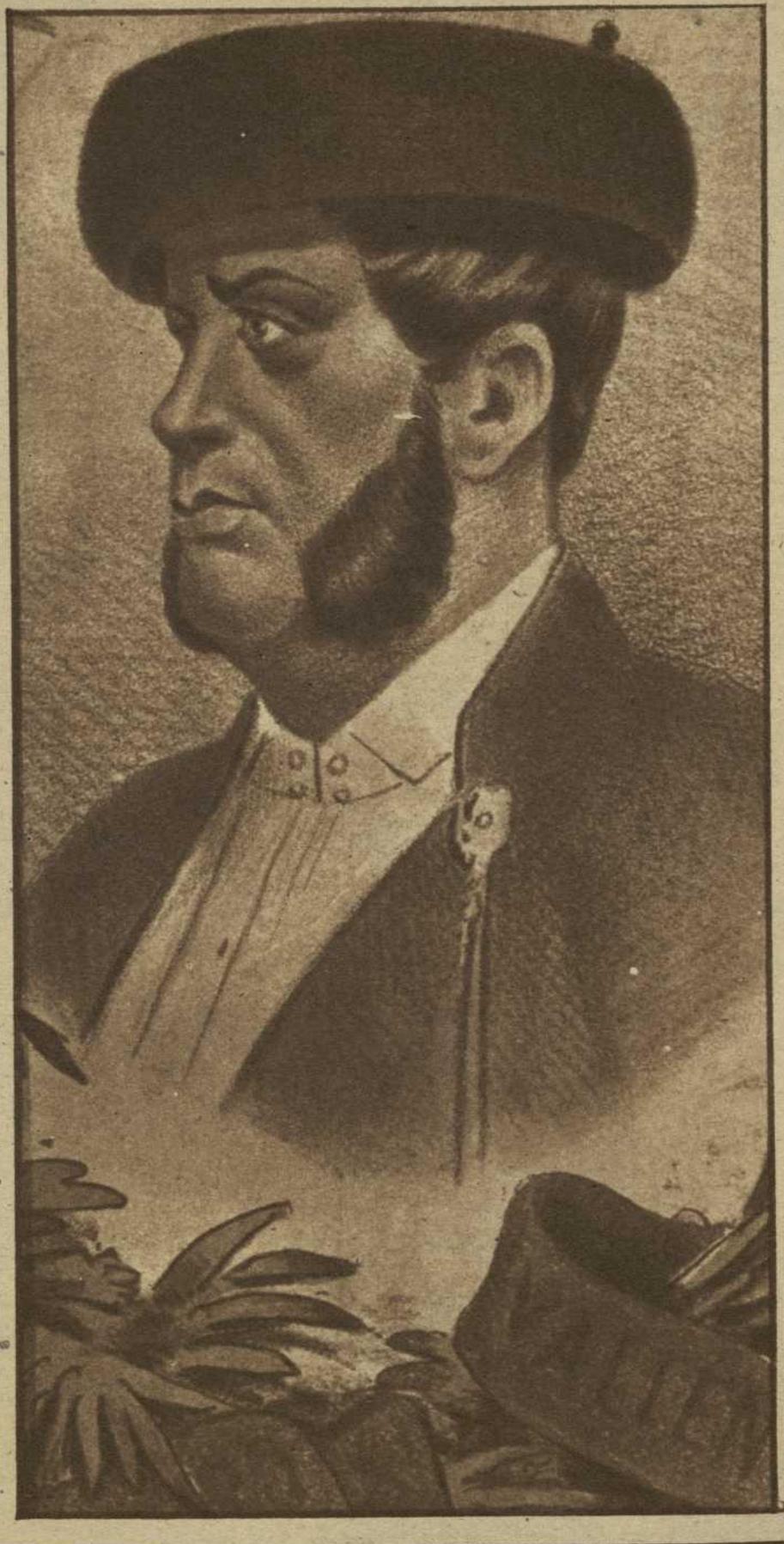
GESTOS DRAMATICOS DEL "SEÑÓ" MANUEL DOMINGUEZ, DESPERDICIOS

LA figura de Manuel Domínguez, «Desperdicios», tiene, en la historia del toreo, un relieve impresionante. Cuando el torero se va del ruedo y se inicia, en su ausencia, la estela que alcanzó a dejar en el recuerdo de las gentes, sólo el genio permanece. ¿Cuántos que oyeron ovaciones cálidas y gustaron del éxito quedaron en el olvido sin posible visibilidad posterior? De ese mundo —ya histórico— del toreo, el «señó Manuel Domínguez» se destaca con relieve propio, con formidables perspectivas, con líneas de intrínseca personalidad inimitable.

«Desperdicios» —y he aquí lo mejor de su vida, casi mítica— realizó sus más emocionantes gestos toreros cuando ya había pasado —y bien pasados, por cierto— los sesenta años. Asombra esta férrea vitalidad del célebre espada, que elegía para sí los toros mayores de Concha y Sierra, y los de cabeza más difícil, en el campo de don Antonio Miura. Treinta y siete años tenía Domínguez cuando vino a España de trabajar intensamente en tierra americana. Cuentan las crónicas de entonces que había pasado «su tiempo de agilidad, su corpulencia no admitía saltos ni brincos, y su carácter no se amoldaba a otro toreo que el de parar y parar mucho, jugando mucho los brazos».

Pues bien. De estos gestos del «señó Manuel Domínguez» —ya pasada la frontera de los sesenta años— vamos a desempolvar, para EL RUEDO, dos de ellos, reveladores de su extraordinaria templanza y bravura como torero. De él se escribió, hace más de medio siglo, este juicio, que pone de punta los nervios: «Este es el tremendo matador de toros que, después del inolvidable Redondo, conmociona a los seguidores de las escuelas rondeña y chiclanera». No cabe más. Y prueba de ello es que «Desperdicios» era así, como van ustedes a ver, si tienen la paciencia de leer este breve relato, pálido —¡cómo no!— ante la realidad de lo que debía ser aquel extraordinario gladiador torero.

Era el verano de 1865. Toreaba Domínguez, en Sanlúcar de Barrameda, toros de don Ramón Larraz. Uno de ellos le atravesó el muslo derecho y le desencajó un hueso del hombro izquierdo. Estaba el famoso espada curándose en la casa de los Larraz, distinguida familia san-



luqueña, representada hoy por el doctor Larraz, presidente de «La Parnasa», una tertulia literario-taurina (y pintoresca, sobre todo), que anima el magnífico poeta Manolo Barbadillo. Recibió Domínguez la visita de la Empresa de Badajoz, integrada por cincuenta aficionados, comerciantes, que habían puesto en juego mil reales cada uno, para

dar las corridas de la feria de Badajoz. Domínguez no podía actuar. Pero como le hicieron ver que las corridas dependían de él, aceptó los ruegos y acudió a ellas. Ni podía mover el brazo ni le era posible dar un paso. Cada esfuerzo era una irresistible tortura física. Pero, al fin, salió. Una ovación radiante hizo vibrar la Plaza cuando el valiente espada apareció en la puerta de cuadrillas. Llegó el brindis de su primer toro. Domínguez lo ofreció al público y, abriendo la muleta, sin moverse del mismo terreno en que había citado, dió un solo pase y ordenó a un banderillero que entretuviese al toro, citándole, mientras él se preparaba. Cambió la muleta a la izquierda, alzó el estoque y, llamando al toro a viva voz, lo recibió, de modo (dicen las crónicas) «que el público esperaba aterrado la cogida», y le dió muerte. Cayó al suelo; pero ya el toro no pudo prenderle, porque ni siquiera pudo recorrer los metros que le separaban del torero. Cayó fulminado.

El 15 de junio de 1876 toreaba el viejo maestro con Gordito y Bocanegra, en Málaga. Era una de las corridas inaugurales de la Plaza. También estaba herido. Le salió un toro —de Murube— negro, grande, de enorme poder, y con unas agujas abiertas, desmesuradas y finísimas. Se llamaba «Cachucho», y los nervios se apoderaron de casi todos los toreros. Salió Domínguez —setentón casi—, y le hizo una valiente faena de muleta (de rodillas, por alto, en redondo), y lo mató también recibiendo.

Al cruzarse de modo prodigioso con el toro, el «señó Manuel» hubo de irse, paso a paso, a la barrera, seguido de «Cachucho». El maestro no podía saltarla, y tuvo la suerte de que el toro cayó muerto, babeando, sobre la barrera, a los pies del espada. Una oreja —¿qué habría ocurrido hoy?— le llevaron los banderilleros a aquel matador, «que hizo estremecerse a rondeños y chiclaneros», y que ya entonces reunía todas estas condiciones físicas para la lidia: muchos años, tuerto, ulcerada una pierna, sin cicatrizar varias heridas, y en lucha con las primeras figuras de aquel momento.

Así era este ciclope —relevante, magnífico, genial y glorioso—, que por sí solo ilumina, desde el reino del valor y la hombra, una época del toreo.

LUIS DE LA BARGA

Aficionados de categoría y con solera

GARCÍA VIÑOLAS

Cree que la película de toros está por hacer

No quiso dirigir la que empezó Manolete por no estar conforme con el guión



MANUEL Augusto García Viñolas, escritor de finas letras, hombre de cine, espíritu artista e inquieto, fundador y creador de periódicos, es este espectador, joven, a pesar de su pelo plateado, a quien vemos todos los días de corrida en su localidad de siempre. Exactamente la contaba número 29 del tendido 9, un tendido, por cierto, en el que con García

Viñolas se reúnen muchos inteligentes y entendidos aficionados, que han sabido destacar en diferentes profesiones y actividades. Allí está siempre García Viñolas, con su «Leica» preparada o con su pequeño cinematógrafo de 16 milímetros, con el que ha registrado preciosos documentales, faenas históricas, cogidas, lances memorables...

García Viñolas es murciano, y en Murcia vió las primeras corridas.

Muy lejos ya para recordarlo con exactitud. No puedo decir que me llevaba mi padre, gran aficionado también, y que el cartel de feria más antiguo que recuerdo estaba formado por Joselito, Belmonte y Sánchez Mejías...

Pero se le quedaría grabado algún detalle aislado, algo que le llamara la atención sobre el contenido del espectáculo.

No. Todo debió de suceder normalmente. Una tarde que ahora sí me parece curiosa sí que me sucedió, pero no fué en aquella ocasión.

—Cuenta, cuenta...

—Habíamos ido varios muchachos del Grupo de Exploradores al sol, un domingo, en el cual renunciamos a la excursión que realizábamos todos los días de fiesta. Esa tarde me tiré al ruedo.

—Cómo! Usted espontáneo?

—No se alarme... demasiado. Y tenga en cuenta que entonces sólo tenía quince años. Sánchez Mejías me había quedado muy bien, y nos entusiasmos a mis amigos y a mí, que bajamos a la arena a pasearlo en hombros. Lo malo es que mi padre, que también asistía a la corrida, me vió, y aquella chiquillada me valió una buena reprimenda y una semana de problemas.

—Pasemos a su mayoría de edad como aficionado.

—La verdad es que como estuve bastante tiempo en el Extranjero como corresponsal periodístico, me dedicaba a la fiesta, mi afición, no cobra importancia sino a partir de la guerra. Durante la contienda aprovecho las pausas siempre que puedo para ir a la ciudad donde se celebra un espectáculo. Cuando pido una licencia hago que coincida con las fechas de las corridas. Sigo, hasta donde es posible, las actuaciones del pobre Pascual Martínez. Y luego, ya España entrada en la paz, me abono del 9, en el que estoy muy a gusto, porque yo soy de los que creen que las faenas hay

que verlas lo más cerca posible para apreciar mejor los momentos, muchos de los cuales, desde otras localidades, deben de pasar inadvertidos.

—¿Tiene usted preferencias determinadas por algún torero?

—Creo que no. No me considero partidario de ninguno en particular, ni lo concibo tampoco. Estimo que se puede ser, con arreglo al temperamento y la sensibilidad de cada uno, admirador de una escuela. Una escuela es un resumen de un modo de torear. Entre la sevillana y la rondeña, yo tengo que preferir la sevillana. Dentro de la sevillana, Pepe Luis puede ser el que menos lejos esté de una perfección ideal nunca conseguida. Naturalmente, lo dicho no significa, ni mucho menos, negar a toreros de otras tendencias y otros modos, cuyos méritos estimo y para quienes guardo mi mejor consideración: Manolete, Ortega... No sería posible ocultar su valor, su enorme significación en la fiesta...

—¿Y usted es torista o torerista, que es una pregunta que está de moda?

—Las dos cosas a un tiempo. Para fijarme en los toros sólo, me iría al campo. Para fijarme sólo en el torero, me iría al ballet. Voy a presenciar el encuentro del toro y el torero, que es el que forma el resultado de arte y emoción.

Ahora García Viñolas se levanta para traer una botella de jerez. Dice que no se puede hablar de toros sin beber un poco de vino andaluz. Y mientras trae eso que los poetas fáciles llaman «oro líquido» y «sol embotellado», nos llama la atención un gracioso pito de feria, en forma de toro.

—Tengo muchos—nos dice al volver—. Constituyen ya una colección completa de toros de todos los países. Los guardo en mi casa en el campo, donde voy acumulando libros, cuadros, recuerdos, cosas que no me caben en este piso de Madrid. Con esta colección de toros, que aumenta siempre que algún amigo sale de viaje, estoy muy encariñado.

—Como que es única y muy original.

—¡Ah, pues tengo otra cosa mejor!

—¿El qué?

—Un álbum, que no le puedo enseñar ahora porque se lo ha llevado Julio Fuertes (Juan León), para que me llenen dos páginas más.

—Bueno, pero ¿cuál es su mérito?

—Extraordinario. Son los toros tal como los ven los toreros. Los matadores han dibujado allí al cornúpeto con arreglo a la idea que se hacen de él cuando están en el ruedo. Tengo ya más de sesenta y es algo de lo que no me desprendería por nada del mundo.

—También ha escrito usted bastante sobre la fiesta, ¿no es así?

—No mucho. Una serie de artículos titulados «El toro ibérico». Originales sueltos. Uno de ellos, el titulado «El señor Smith va a los toros».

—Que se comentó bastante.

—Sí. Parece que tuvo aceptación. Era la visión de un extranjero que asistía a nuestra fiesta.

—¿Tiene usted buena biblioteca taurina?

—Tengo algunas cosas; pero no puedo afirmar que haya una especialización en toros. Lo que sí poseo son mantelerías con carteles de seda. Y lo que no me gusta guardar son prendas de la indumentaria taurina: la corbata, la faja... No tengo nada de eso.

—¿Sería usted torero?

—No. Y eso que la única vez que probé, en la



Savoi

finca que tiene en El Escorial el marqués de Alonso Pesquera, no quedé mal.

—¿Le diéron la oreja?

—No, porque no maté. Toreé con la capa y con la muleta. No puse banderillas. Es algo que, como el conducir un automóvil, no podré hacer nunca, a pesar de que jamás he tenido un accidente, y hasta creo que un viaje en coche conmigo inmuniza del peligro a los demás ocupantes. ¡No guiando yo, claro!

—¿Intentó usted en ese día de sus experimentos taurinos algún lance nuevo?

—Verá, verá... Mis amigos dicen que sí; pero yo le aseguro que si me salió algo nuevo fué sin querer.

—En cine, ¿no ha hecho nada taurino?

—En cine, pienso que la película de toros, está sin hacer y que me gustaría hacerla y hacerla en color, porque, ¿para qué se ha inventado éste si no es para hacer la película de toros?

—Es verdad. ¿Y no se le ha presentado ocasión?...

—Me propusieron dirigir, con Abel Gance, la película que empezó Manolete. Pero después de ocho o diez conversaciones y de tener firmado el contrato, desistí, porque no estaba absolutamente conforme con el guión.

—¿Era malo?

—Tenía cosas muy bien vistas; tan bien, que sólo pueden verlas los que vienen de fuera... Pero con otras yo no podía estar de acuerdo, y preferí dejarlo. En cine no tengo más que los trozos que he ido impresionando con mi maquina de 16 milímetros. Con ellos era mi propósito ir formando una cinematoteca taurina; pero he tenido que interrumpir este deseo, ante la escasez actual de celuloide de estas dimensiones.

Y García Viñolas, cuyo talento cinematográfico a tan gran altura brilló en *Inés de Castro*, llena nuevamente las copas, mientras vuelve a una idea que, a pesar de las distintas rutas de la charla, no le ha abandonado.

—La película de los toros. Esa película en color, que espera... He aquí lo que me gustaría hacer.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

MANOLETE EN AMERICA DEL SUR

DE Buenos Aires ha llegado un barco cargado de... pasajeros, correspondencia, mercaderías y noticias frescas, fresquitas, de las actuaciones del diestro cordobés Manolete, cuyo viaje por tierras americanas ha sido triunfal en lo artístico y de popularidad en su vida particular.

El recién llegado de aquellas latitudes ha charlado, en una peña cinematográfica de un popular café, de cosas del cine mejicano. Su viaje está relacionado con el cine. Pero hablar siempre de cine resulta, a veces, monótono, y por eso, ante tanto comentario de Cantinflas y Armando Calvo, de María Félix o Arturo de Córdoba, el popular actor Rufino Inglés, con muy buena ocurrencia, exclamó:

—¿Pero por qué no hablamos ahora de toros? Díganos, díganos algo de los toreros españoles en Méjico, Buenos Aires, Lima...

Y nuestro interlocutor abrió un par de ojos grandísimos y dijo:

—¡Pues eso es lo que quería decirles! Que tienen ustedes un torero algo maravilloso. Allí nos cautivó, nos dejó perplejos, suspensos de emoción. Y ese no es otro que Manolete.

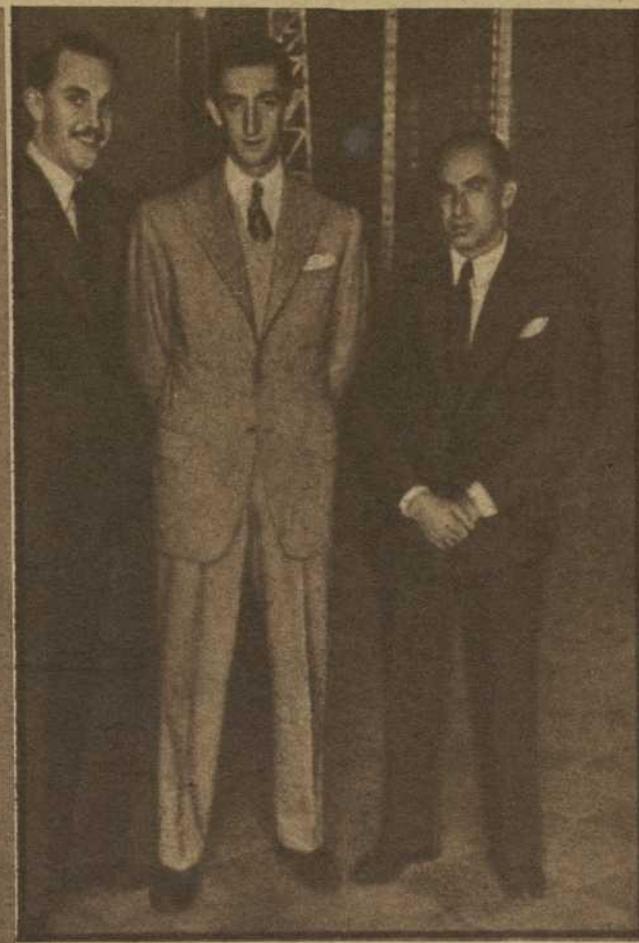
Y en una peña en que todos preguntan, la labor del periodista es fácil. No hay nada más que hacerse todo oídos y el «trabajo» sale hecho. Así pasó. Alguien inquiriere:

—¿Y se ha hecho tan popular, como dicen, Manolete?

—Archipopular. Popularísimo. Ha sido algo inaudito. Las tempestades de admiraciones que ha levantado, porque es afable y simpático. Allí se había hecho una atmósfera adversa al diestro por su posible antipatía. Se decía que nunca reía, que ustedes le decían «cara de palo», y todo este ambiente que allí llegó, quedó esfumado en seguida.

—¿Su éxito, entonces, ha sido doble?—pregunta otro.

—Efectivamente. El triunfo del diestro estaba descontado. De esto poco puedo decir, pues no entiendo de toros; pero allí tuvo tardes buenas y tardes malas. Ya lo saben. Hay ganado en América que es ilidiante, y muy diferente a lo que aquí he visto que se torea. Pero de todas formas, el día de la presentación de Manolete fué el entusiasmo de locura. En un toro estuvo bien, francamente admirable, y en otro sin mucha suerte. La expectación fué tan grande que hasta los «cinturones de hierro» se vieron ocupados por los fotógrafos.



La última foto de Manolete, vestido de paisano, con dos españoles residentes en Méjico

—¿Los «cinturones de hierro», dice?

—Sí; no se extrañen; los que conozcan la Plaza El Toreo saben muy bien que la localidad más peligrosa son los «cinturones de hierro», en los que se sientan los fotógrafos de Prensa y Revistas. Están situados encima de los burladeros, ante la contrabarrera, que allí es la barrera. Como se puede apreciar en las fotos que les voy a enseñar. Cuando no hay lleno en la Plaza, estos sitios están vacíos, son incómodos y arriesgados, y los fotógrafos no quieren perder su vida o llevarse un susto ante la tarascada de los cornúpetas. Aquel día de la presentación de Manolete, las fotografías de éste se pagaron bien caras en todos los periódicos del Estado, que reclamaron informaciones especiales del acontecimiento. Se le tiraban más de doscientos clichés en sus dos toros. Una popularidad estruendosa a través de aquel momento.

—¿De la vida particular de Manolete?

—Se dijo también que el diestro estaba enfermo; pero nada de eso. Allí hemos visto un Manolete diferente a los comentarios y gacetillas. Un Manolete jovial. Se ríe mucho cuando le dicen algo, porque allí no le dejan tranquilo. No puede sentarse en un café, no puede ir al teatro, la gente le rodea, le aplaude. Lo mismo en Méjico que en Buenos Aires o Lima, ha tenido que intervenir la fuerza pública para custodiarle. Lo más gracioso fué...

—¿Algo interesante?...

—Una señorita, al bajar del coche y entrar en la Plaza, le abordó, ante la estupefacción general, y le dijo: «Yo quiero un recuerdo, algo de usted...» «Ahora no tengo tiempo

La Plaza «El Toreo», donde han sido fotografiados dos reporteros gráficos sentados en los «cinturones de hierro», el día de la presentación de Manolete



LA MAYOR POPULARIDAD ACOMPANA AL DIESTRO CORDOBES

—replicó el diestro cordobés—; luego, en el hotel, le firmaré un autógrafo, una foto...» «No, no estoy de acuerdo, porque el recuerdo lo quiero ahora, porque luego no podré verle». Y de un tirón, la mejicanita le arrancó uno de los alamares del traje y salió de pira..., mientras el diestro reía y seguía con su cuadrilla al interior del coso taurino...

—¿Habrá sido muy obsequiado y agasajado en Méjico?

—En Méjico y en todas partes. No hace muchos días, antes de embarcar yo para España, en los Estudios de cine se le ofreció una fiesta. Se reunió allí lo más distinguido de la colonia española: admiradores, periodistas, «Cantinflas» —que se hizo gran amigo suyo—, María Félix, Armando Calvo, Benito Perojo (que estaba allí de paso a Buenos Aires), y en fin, muchas personas. El diestro con todos se despidió. Hasta se caló un sombrero mejicano y se puso una manta de vivos coloridos. Estaba de «charro» graciosísimo, y la fiesta resultó magnífica. Se cantó, se bailó y todos coincidieron que Manolete no es lo que decían: un amargado.

—¿Cree usted que volverá pronto a España?

—Allí la Prensa asegura que tardará aún en regresar. Pues recientemente, en una entrevista, dijo que sería de los últimos que volverían a la Patria, que se encontraba muy bien de salud, que había engordado un poquitín y que el sol de aquella tierra le había puesto muy moreno. Que estaba encantado y que tal vez...

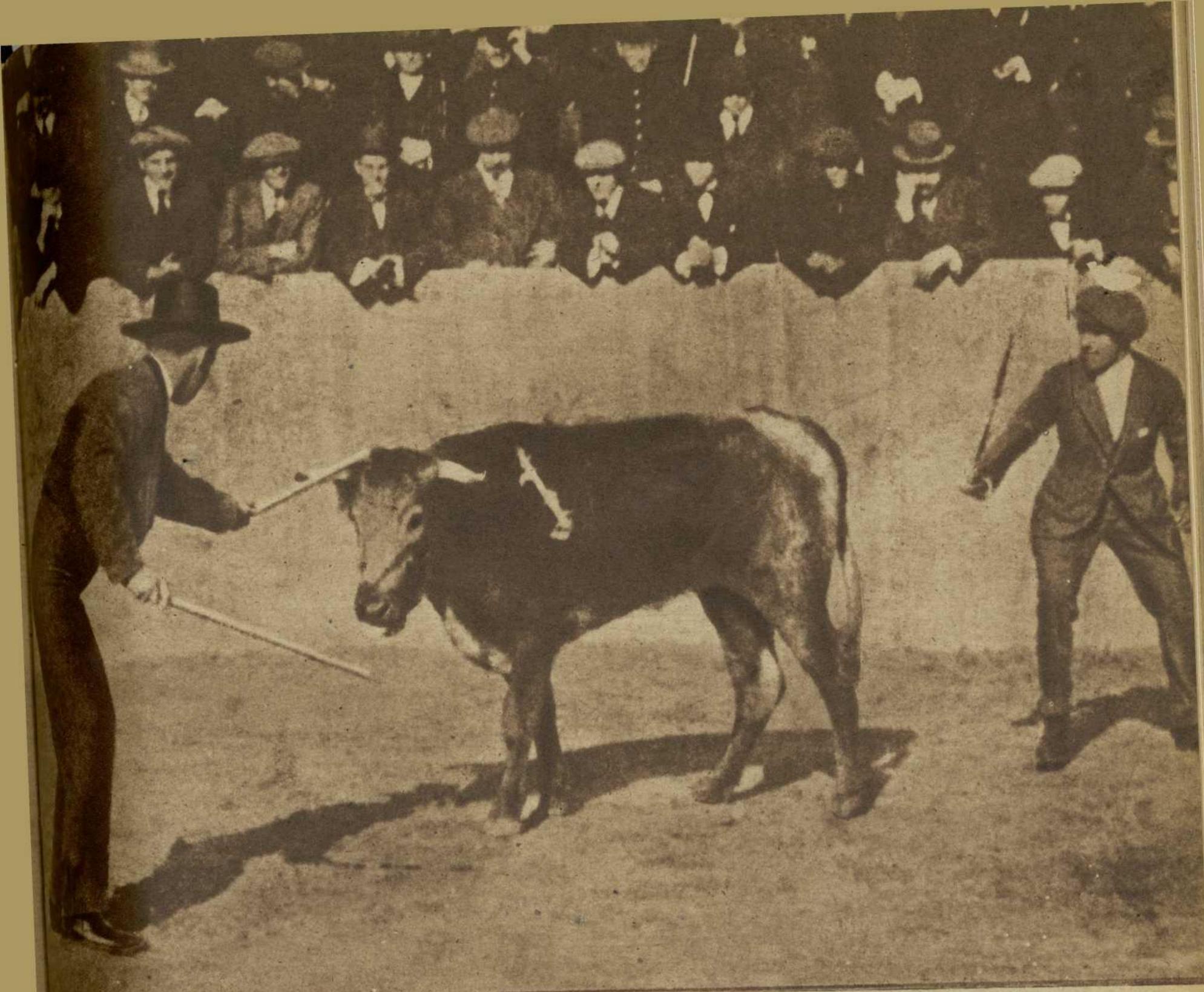
—¿Suponemos que no nos dirá que se quedará allí todo el año, verdad?

—No se alarmen, pues verán «aún» torear a Manolete, y en seguida. No sé si habrá cambiado mientras yo estoy aquí sus planes e intenciones; pero tanto él como Camarás, en cuanto cumplan sus compromisos y descansen un poco de los largos viajes, han de regresar para que los aficionados no estén con el alma en un hilo, pensando en si volverá o si no volverá...

—¿Y no nos dice nada más...?

Ahora es el periodista el que no quiere oír más. Se llega a las cuartillas y escribe. Pide por favor unas fotos, de las muchas que trae este buen amigo de España y de Manolete, y como su misión es la de informar, ahí queda el comentario que antecede.

JOSE R. VALIENTE



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN TERCIO DE BANDERILLAS

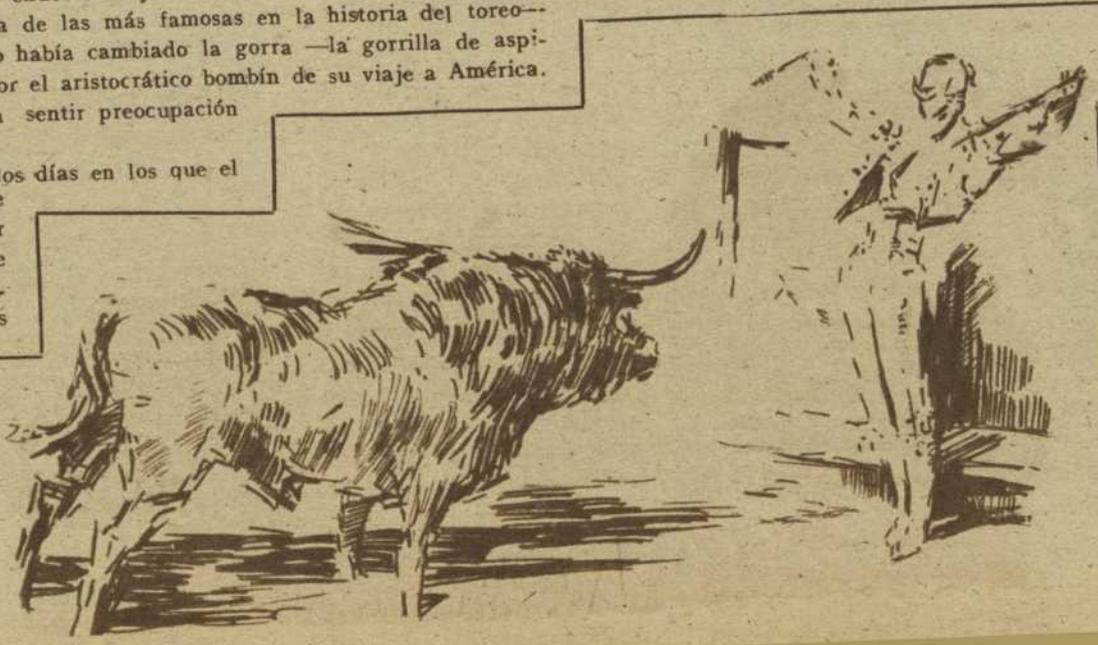
ERA en aquella época en la que Joselito y Belmonte centraban la atención de los aficionados sobre sus figuras —la esbelta y ágil del pequeño de los Gallo, y la menuda y endeble de Juan—. Aun estaban en los primeros pasos de su competencia —una de las más famosas en la historia del toreo— y aun el fenómeno trianero no había cambiado la gorra —la gorrilla de aspirante que cubría su coleta— por el aristocrático bombín de su viaje a América. Ni Joselito había empezado a sentir preocupación por su línea física.

Es decir, que era por aquellos días en los que el público presentía el auge que los dos nombres habían de dar a nuestra fiesta, así como le cogaba el drama a aquella gurilla que, sin moverse, con los pies bien sentados en la arena, iba hilvanando, uno a uno, un rosario de lanceos que, a medida que se iban cerrando y ajustando, apretaban en las gargantas de los espectadores el nudo de la emoción hasta producir

una auténtica sensación de asfixia. De entonces es la foto que hoy salta a nuestras páginas desde un escondido rincón del archivo.

No tiene en sí más que la anécdota de este tercio de banderillas insospechado, en el que la maestría de Joselito juega ante la cara del becerro, seguro de sus incommensurables piernas —aquellas largas piernas de José, sobre las que doblaban su furia todos los toros!—, mientras la figura de maletilla de Juan, desparramada, como si ya presintiese el caballo que había de cabalgar en el dorado ocaso de su vida taurina, trata de cruzarse para alegrar la ya graciosa escena del jugueteo.

Y el público, que llenaba la placita, sin pestañear, para no perder detalle.



EL VIEJO TORERO Y EL TORERO VIEJO



Vicente Pastor

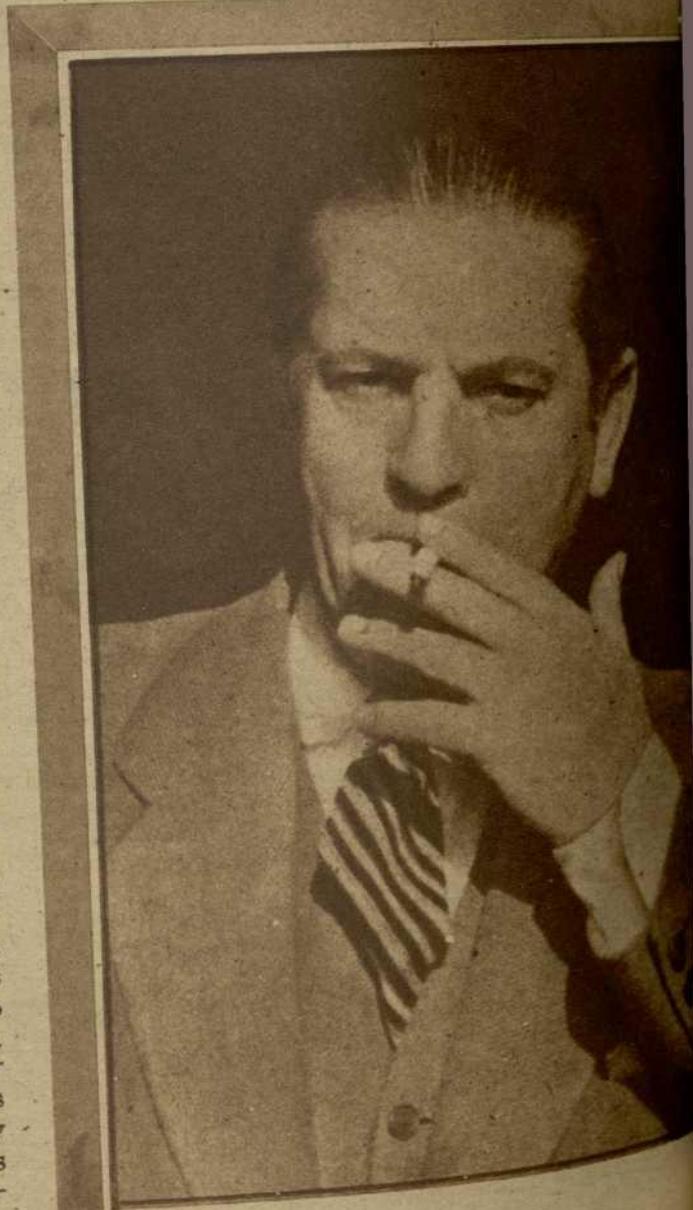
NO es lo mismo el viejo torero que el torero viejo. La distinción es fácil de establecer, y seguramente el lector, con sólo lo que antecede, sabe ya a qué me refiero. El viejo torero es el que lo fué y vive, apartado, con una aureola de popularidad, acompañándole admiraciones y sentimientos nostálgicos que no han desaparecido. Es el caso de Vicente Pastor, cuando al pasar por las calles de Madrid, aun con su aspecto burgués, de hombre sencillo, sin ostentaciones ni rasgos exteriores que recuerden su profesión y categoría, hace volver la cabeza a las gentes porque no ha perdido nada de su antigua prestancia en lo popular.

Y el del Guerra, que, hasta su muerte, con servó una tertulia, donde se le escuchaba con singular respeto, manteniendo la traza de torero, con su ropa típica, la camisola rizada y el sombrero cordobés. Estos, con otros muchos, célebres o modestos, mantenidos en la veneración o escondidos en la nebulosidad del olvido, son ejemplos característicos de viejos toreros. ¿Y los toreros viejos? El caso es peor. Peor para ellos. Se trata de los que siguen en actividad, aunque el tiempo los haya desbordado. Artistas que se resisten a la retirada. Unas veces, porque la vida los maltrató y es para ellos necesario prolongar el ejercicio profesional, como elemento indispensable de sustentación. En otras ocasiones, porque no creen que su estrella haya declinado y suponen que todavía les queda una maestría y una destreza con las que ofrecer competen-

cia a los nuevos. Para los aficionados, el viejo torero es una figura representativa. Concita curiosidad, mantiene el "fuego sagrado", dice frases, diagnóstica sentenciosamente sobre los que le han sucedido, conserva la fama que tuvo, años antes, su brillante culminación.

En la ciudad natal, en la mayoría de las ocasiones, retirado de ruidos y expectativas, se deja escuchar por los incondicionales, que suscriben la afirmación del poeta: "Cualquiera tiempo pasado fué mejor". Llegan las corridas de gala, los festejos extraordinarios, y el que tuvo una posición excepcional en la tauromaquia es invitado a asesorar. No faltan los que, heredados en la propia descendencia familiar, presiden una dinastía.

Así, don Manuel Mejías, padre y consejero de los Bienvenida, y Domingo, que ve triunfar a los Dominguines, y el famoso Cayetano, que en el segundo Niño de la Palma encuentra una venturosa prórroga de sus triunfos y su celebridad, un día inigualada. En general, el que sigue teniendo nombre y admiradores, el matador retirado, vive de las glorias que caducaron. Pero la personalidad no caduca. Los hay que hacen la pirueta de volver por la fuerza de la nostalgia, por necesidad apremiante, de orden económico o por las dos razones juntas. Mal negocio,



Domingo González, Dominguín

DOS ESTAMPAS QUE PUEDEN PARECER LO MISMO Y NO LO SON

regla general. Si segundas partes nunca fueron buenas, estas segundas exhibiciones sólo sirven para merecer el crédito que se consiguiera y para despertar los entusiasmos de seguidores, en lo personal y de intransigentes en la apreciación de que las anteriores fueron de mejor calidad y más interesantes atractivos en lo genérico.

Por su parte, el torero viejo, el que sigue en los combates contra viento y marea, se ve frecuentemente rebajado, en grado de rebajada estimación. Es una prueba difícil, una prueba espinosa. Las formas del arte evolucionan, los estilos cambian. Y con unas gustos y predilecciones del público surgen también una inevitable revisión.

El matador que se mantiene en actividad un poco de tiempo, sin acostumbrarse a la idea de que toda la vida tiene su cancelación y epílogo, no puede, en la mayoría de los casos, adaptarse a las normas y modos que la juventud aporta a la fiesta. Y la vejez, no sólo física, sino de aptitudes y maneras de entender y practicar el arte de Cúchares —que antes de Cúchares, como luego de Frascuelo, y después de Machaquito, y más tarde de Belmonte, y ahora de Manolete o de Arruza—, se manifiesta con la imposibilidad de vencer a lo nuevo. Están desplazados, y si se admite el vocablo, por más justo, despla-

ceados. Su toreo es anacrónico. Y la posibilidad de ese contacto con el ridículo que produce la esforzada, la inútil supervivencia, los amenaza cada tarde al enfrentarse con los toros y con los espectadores.

Queda subrayado —ya sé que no descubro nada— que no son iguales los dos tipos. El viejo torero es una cosa. El torero viejo, otra distinta. El primero es el que fué. El segundo, el que se empeña en seguir siendo. Uno ejerce su situación y su puesto con absoluta normalidad dentro de la gama de las estimaciones sociales y profesionales. El otro, un poco forzosamente, contra la realidad que hay siempre que acatar, que se impone a la voluntad de los hombres, no está tan de acuerdo con lo normal.

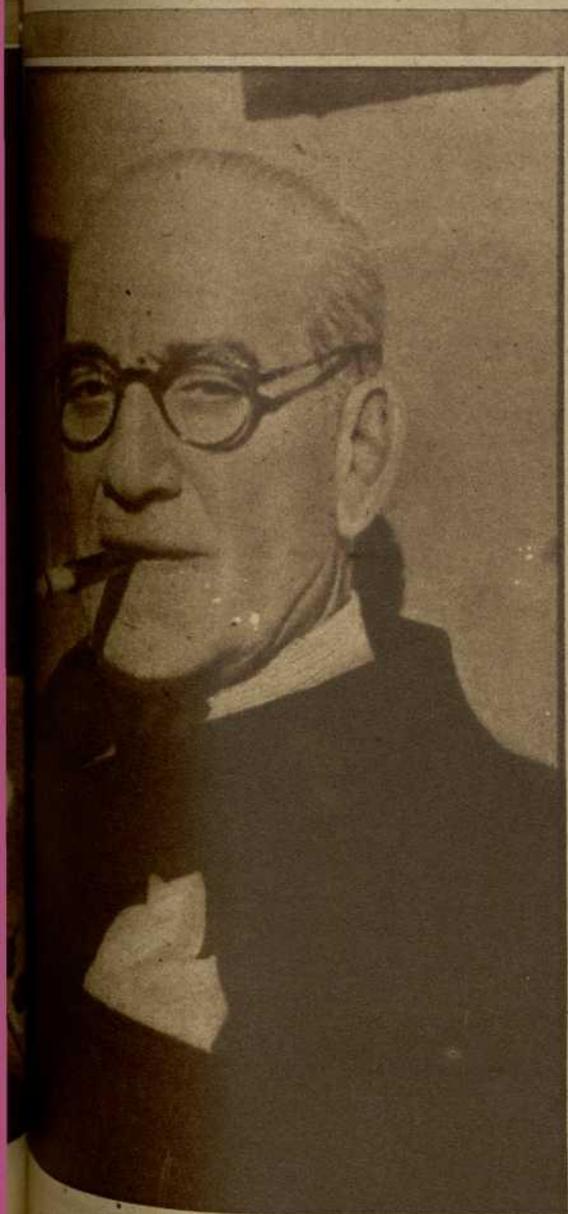
El uno siempre es el torero que puede llevar su nombre en la gala de un cartel de *tronío* o en competencia con los que llegan, porque tiene arte, valor y aún sus piernas responden a las necesidades de una lidia dura.

El otro, cuando se enfrenta a la hiriente realidad del sol en el ruedo, trata de defenderse, de ocultar lo que todo el mundo ve: su vejez, imposible de remozarse ya. Y los que llegan le empujan con fuerza, y va de un lado para otro sin poder sostener el equilibrio. El uno aguanta, y hasta en muchas ocasiones, supera. El otro se esfuma, sin pena ni gloria, en la mayoría de las ocasiones.

La anteposición del adjetivo da categoría.

La palabra "viejo" pospuesta, es mala cosa, por el contrario.

FRANCISCO CASARES



Manuel Mejías, Bienvenida



Rafael Guerra

Un mitin de PAQUIRO, el Napoleón de la torería



AÑO 1836... Francisco Montes, Paquiro, estaba en el apogeo de su fama y gloria... Los aficionados le rendían pleitesía con sus calurosos aplausos, y los más preclaros críticos, como Santos López Peregrín, que firmaba sus escritos con el seudónimo de Abenamar, le proclamaban, por su arte, inteligencia y destreza, el Napoleón de la torería...

Es imposible describir el entusiasmo que producía en todos los públicos ver a Francisco Montes trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza. Ejecutaba con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano...

En Francisco Montes era ver un torero que no movía los pies para las verónicas; que paraba para recibir toros y que lo mismo saltaba al trascuerno que con la garrocha, que se encunaba de intento, y al dar el animal el hachazo salía el torero ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible cuarteo o recorte, según el caso.

Bien se puede decir que Francisco Montes, Paquiro, había revolucionado el toreo. Podía con todos sus compañeros y ninguno de ellos intentó competir con él: era el «Monstruo»... Era el zeño Paquiro...

Más que nunca había despertado entusiasmo entre los aficionados madrileños el cartel que la Empresa de la Plaza de Toros había confeccionado para la corrida del 24 de mayo de 1836, en la que se lidiaban toros del duque de Osuna, por los diestros Juan Jiménez, El Morenillo, Manuel Lucas Blanco y Francisco Montes, Paquiro.

La expectación por presenciar la corrida era bien manifiesta, pues los aficionados que habían visto las reses que se iban a lidiar se hacían lenguas hablando de la presencia, edad y trapío de las mismas, ya que, según se decía, el prócer ganadero quería reverdecer los laureles de su vacada, ganados en anteriores corridas. Entre los toros sobresalía uno negro, muy largo, llamado Diablo, que había llamado la atención de los taurinos y toreros por su tipo agalgado y astifino de cuerna, y porque venía designado para Francisco Montes por el duque de Osuna, a quien no le tenía buena voluntad por cierto asunto de mujeres...

Al maestro de Chiclana le hizo poca gracia el *regalito* del aristócrata criador de reses bravas, y mucho menos cuando éste había dicho a sus amistades referente al torero:

—Paquiro me ha hecho una *faena* con una mujer... Veremos si se le hace al toro que le mando...

Francisco Montes no le dió mucha importancia al astado, confiado en su habilidad y dominio; pero sí le dijo a su banderillero Juan José Jiménez, el Granaino:

—Er zeño duque quiere que un toro zuyo tenga er hornó de llevarse pa delante a erte *cura*... Pue si no coge a su ilustre pare, lo que é a mí, ni un pelo...

Y aquellas palabras, poco después, se repetían en los cafés y botillerías, punto de reunión de próceres y aficionados, y ellas hicieron acrecentar más el interés por presenciar el espectáculo...

Llegó el día de la corrida. Los tendidos del circo taurino de la Puerta de Alcalá estaban llenos de una muchedumbre ansiosa de presenciar las proezas de los matadores, especialmente de Francisco Montes, que era el idolo de la afición. Las damas aristocráticas lucían la clásica mantilla en los palcos y daban con su belleza realce a la fiesta...

El duque de Osuna, en unión del de Veragua y otros próceres aficionados, presenciaban la corrida desde sus palcos...

El espectáculo se deslizaba, en los dos primeros toros, entre los aplausos del público, que premiaba los rasgos de valor, de arte y gallardía de los espadas...

Dióse suelta al tercero de la tarde, y al ver aparecer en el ruedo a Diabolo, la res de la que tanto se había hablado, un murmullo resonó por todos los tendidos.

Diablo, desde su salida, demostró tener un temperamento grande y un poder enorme, y siempre que se arrancaba lo hacía peligrosamente. Los picadores Antonio Sánchez, Poquito Pan, y Francisco Tapia le dieron diez puñazos, sufriendo terribles caídas y varias contusiones. Y como el *pajarraco* tenía tendencia a las tablas, siempre que se arrancaba atropellaba y no dejaba colocarse a los maestros ni a los peones...

Paquiro vió bien pronto la clase de animal que tenía que lidiar, y queriendo demostrar su dominio intentó torearle con el capote, con habilidad, dándole las querencias naturales al bicho; pero éste, que cada vez que se arrancaba era sobre seguro, le dió varios sustos.

Cuando los rehileteros Juan José Jiménez, el Granaino, y Rafael Rodríguez, Meloja, salieron a banderillar, el toro conservaba todo su poderío y había aumentado sus malas ideas.

El segundo tercio duró diez minutos, pues no había manera de meter los brazos al toro, hasta que después de varias salidas en falso le clavaron unas banderillas a la media vuelta y con grandes fatigas.

Cuando Francisco Montes requirió espada y muleta, un silencio sepulcral reinó en la Plaza.

Paquiro, con desgana, se dirigió a la res. En el primer pase que le dió el bicho se le vino encima y tuvo que salir por pies el diestro. Desde este momento, el maestro de Chiclana no dió más que mantazos con el pico de la muleta y teniendo a cada lado a los peones para el pronto auxilio.

Cada muletazo era un fuerte achuchón que desmoralizaba al matador, que no veía el momento de meterle el brazo para matar. El tiempo pasaba y el matador no se decidía a arrimarse; no hacía más que ir de un sitio a otro, huyendo y resabiando más al astado...

El público no comprendía aquella desastrosa faena, y mucho menos en un lidiador de tan grandes recursos como era Francisco Montes. De cualquier manera entró a matar, pinchando en hueso y no en buen sitio. Más muletazos huyendo y una estocada a paso de banderillas. Otra en igual suerte, con persecución del toro, que casi cogió al espada. Otra a la media vuelta, con pérdida de la muleta y el susto correspondiente. El público se impacienta ante aquel desastre y grita al matador y a las cuadrillas, que cada vez están con más miedo y desconcertadas. Una estocada en el pescuezo. Otra atravesada, siempre a la media vuelta. El griterío es espantoso...

Diablo lleva clavadas cuatro espadas, pero a pesar de ello no deja de arrancarse violentamente sobre quien se pone delante de él... Francisco Montes está pálido, sudoroso, su peculiar toreo parado ha desaparecido ante el toro del duque de Osuna, y torea de lejos, con el pico de la franela, y estando siempre alerta para huir y abandonar los trastos. El maestro de Chiclana está convertido en un fantoche, lleno de miedo, cobarde, rodeado de sus banderilleros, que tienen más *paura* que el maestro. Ha pasado el tiempo reglamentario...

Y entonces viene la *guerra*. Los peones el Granaino y Meloja empuñan estoques, que esconden debajo de los respectivos capotes, y todos a una asesinan a la res de manera indigna y poco torera, en medio de una bronca épica...

Cuando dobla el astado, tanto es el furor y la rabia que siente Francisco Montes por la sufrida derrota, que sin poderse contener atraviesa el cuello del animal con el estoque, mientras dice:

—Mardita zea la vaca que... y er duque que te vendió...

Mientras tanto, allá en el palco, el duque de Osuna, el prócer ganadero, rodeado de sus amigos, ríe y comenta:

—¿Y decían vuestas mercedes que Francisco Montes, Paquiro, era el Napoleón de los toreros?... Pues ya han visto qué fácil ha sido que tuviera su Waterloo...

MANUEL SOTO LLUCH

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



CADA SIETE DIAS
UNA VARA

LECCIONES DE TOREO

Estamos cansados de oír en el tendido a los buenos aficionados —que son esos señores gordos que llevan siempre un puro entre los dientes y una flor roja en la solapa— lo que el espada de turno debería hacer con el toro que le ha caído en suerte.

No importa que el matador lo esté haciendo superiormente, para que ellos opinen que de otra manera estaría mucho mejor, y que si el toro no ha recibido el castigo suficiente, y que si el espada no ha empezado doblándole sobre sus piernas, y que...

Dentro de esta categoría, a la que se tarda mucho tiempo en llegar, los hay que chillan para emitir sus juicios, decididos a que puedan los oídos ignorantes recibir el beneficio de su saber, mientras que otros hablan con el torero como si fuera un amigo que estuviese en el asiento de al lado. Pero unos y otros pretenden que el espada se lleve el toro al 4 mediante unos pases de tirón, que le doble, que le dé los terrenos de dentro o que se toree en los medios, por ser éste el sitio que el astado está pidiendo a gritos para morir gallardamente.

Es decir, que hasta hoy se conocía el consejo o la lección dada cómodamente desde una contrabarrera o desde cualquier grada; pero lo que nadie había descubierto aún era la lección desde la propia casa. Sin embargo, las cosas del toro han adelantado mucho, y un señor que fué torero en sus tiempos ha demostrado desde su dulce hogar, situado en una capital norteña, cómo se debe torear al natural.

Eso, naturalmente, lo ha hecho para enseñar a la juventud inexperta, que viene a la fiesta brava en busca de billetes de mil, de gloria y popularidad.

Y a lo mejor no se lo agradecen.

**Balsamo
Hazul**

UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Para la **SOMBRA**
y el **SOL**...

Ramos de Castro, en el Club Taurino Madrileño



El sábado pasado, el popular y aplaudido autor, periodista y crítico taurino, Ramos de Castro, ocupó la tribuna que todas las semanas ofrece el Club Taurino Madrileño.

El acto, al que asistió una numerosa concurrencia, fué presidido por don Rafael de la Plaza, a quien acompañaron nuestro director, don Manuel Casanova, y el vicepresidente del Club Taurino, señor Bellver Cano. Hizo éste la presentación del conferenciante, que desarrolló el tema *Las corridas por radio. Impresiones de un reportero*, con la agilidad y el acierto que en él son proverbiales. Opinó que el Club Taurino debe ser el orientador más eficaz de la afición, extendiéndose después en consideraciones acerca de lo que fueron las corridas de toros celebradas a la antigua usanza, para sacar después en consecuencia que el primer locutor de una radio que no existía fué el famoso conde de Villamediana.

Después entró de lleno en su labor como reportero radiofónico, matizando el relato con anécdotas contadas con su habitual gracejo.

La conferencia, como era esperado, constituyó un éxito extraordinario, recibiendo a su terminación Ramos de Castro el aplauso y las felicitaciones del público.

UNA ANECDOTA A
LA SEMANA

AQUEL BATIN CON RIBETES MORADOS

Se habían organizado dos corridas en Almería para inaugurar la Plaza de la capital andaluza, y para ello se había contratado a Largatijo y a Mazzantini.

Los toros que se lidiaban eran de Patilla en la primera corrida y del duque de Vergara en la segunda.

Al llegar los espadas se fueron los dos a la misma fonda, desde donde salieron para estoquear sus enemigos.

En la tarde de la segunda de las corridas estaba Rafael Molina en el patio de la fonda, esperando a que fuese la hora de vestirse. Mazzantini estaba asomado al balcón que daba al mismo patio. El cordobés estaba vestido con una blusilla de dril, mientras don Luis —siempre elegante— lucía un batin con trencilla morada que llamaba la atención.

Así las cosas, el dueño de la fonda se presentó con la cuenta de los toreros, ofreciéndosela a Lagartijo, el cual, después de revisarla y parecerle en extremo exagerada, la pagó.

Subió después al cuarto de Mazzantini y enseñándole la cuenta a éste, dijo:

—Ahí tiene usted la cuenta, don Luis. Y este tío se ha aprovechado y nos ha puesto un buen par de banderillas. ¡Pa que vea usted cómo no puede uno presentarse en la fonda con esos batine que se trae usted!

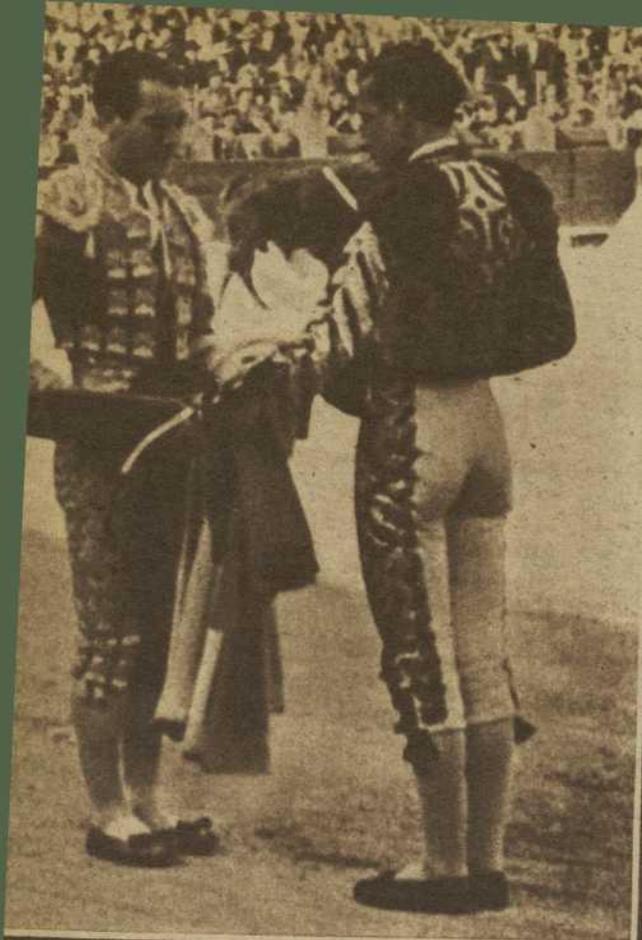


XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



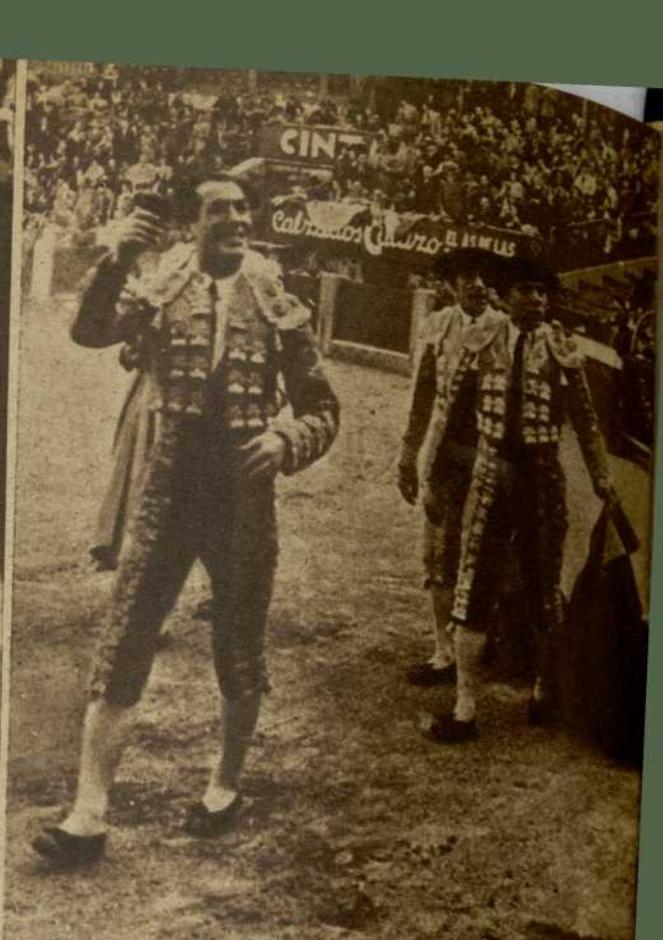
VALDESPINO
JEREZ



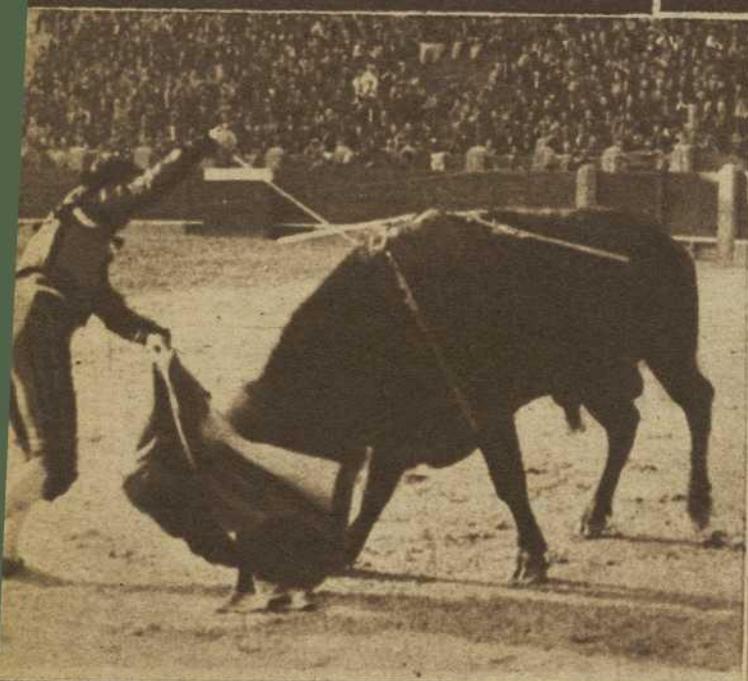
Morenito de Valencia en el momento de dar la alternativa al diestro Luis Mata, el domingo, en Zaragoza



El banderillero Miguel Rodríguez Rufo es trasladado a la enfermería al ser cogido en el primer toro de la tarde

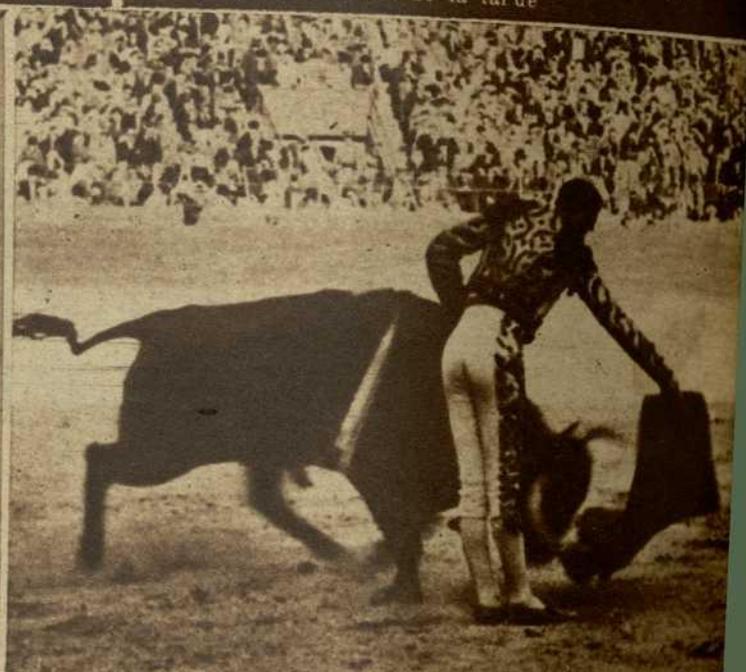


Luis Mata dando la vuelta al ruedo, con la oreja que le fué otorgada por su faena en el primer toro de la tarde



Domingo Dominguín entrando a matar a su segundo toro, en el que estuvo desacertado con el estoque

CARTEL DE ZARAGOZA
MORENITO DE VALENCIA, DOMINGO DOMINGUÍN Y ALTERNATIVA DE LUIS MATA



Morenito de Valencia en un pase con la derecha, durante la faena realizada a su segundo toro, cuarto de la tarde

El subgobernador del Banco de España, don Ramón Artigas, en la barrera de la Plaza de Zaragoza, con el capote de Luis Mata, quien le brindó su segundo toro

Morenito de Valencia, Luis Mata y Domingo Dominguín esperan el momento de hacer el paseillo en la Plaza de Zaragoza (Fotos Marín Chivite)





Tragedia en el campo

El Ruedo



SUPLEMENTO
TAURINO
SEMANTAL
DE MARCA